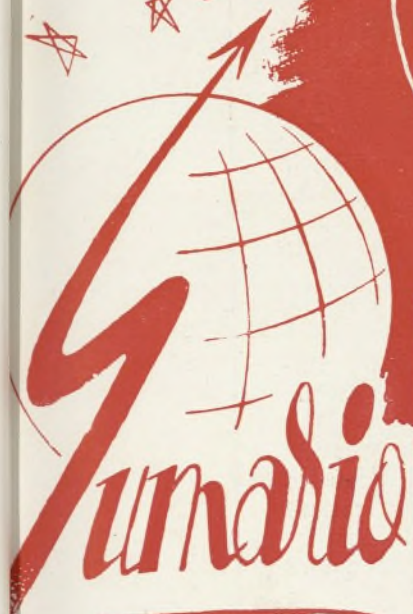


CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



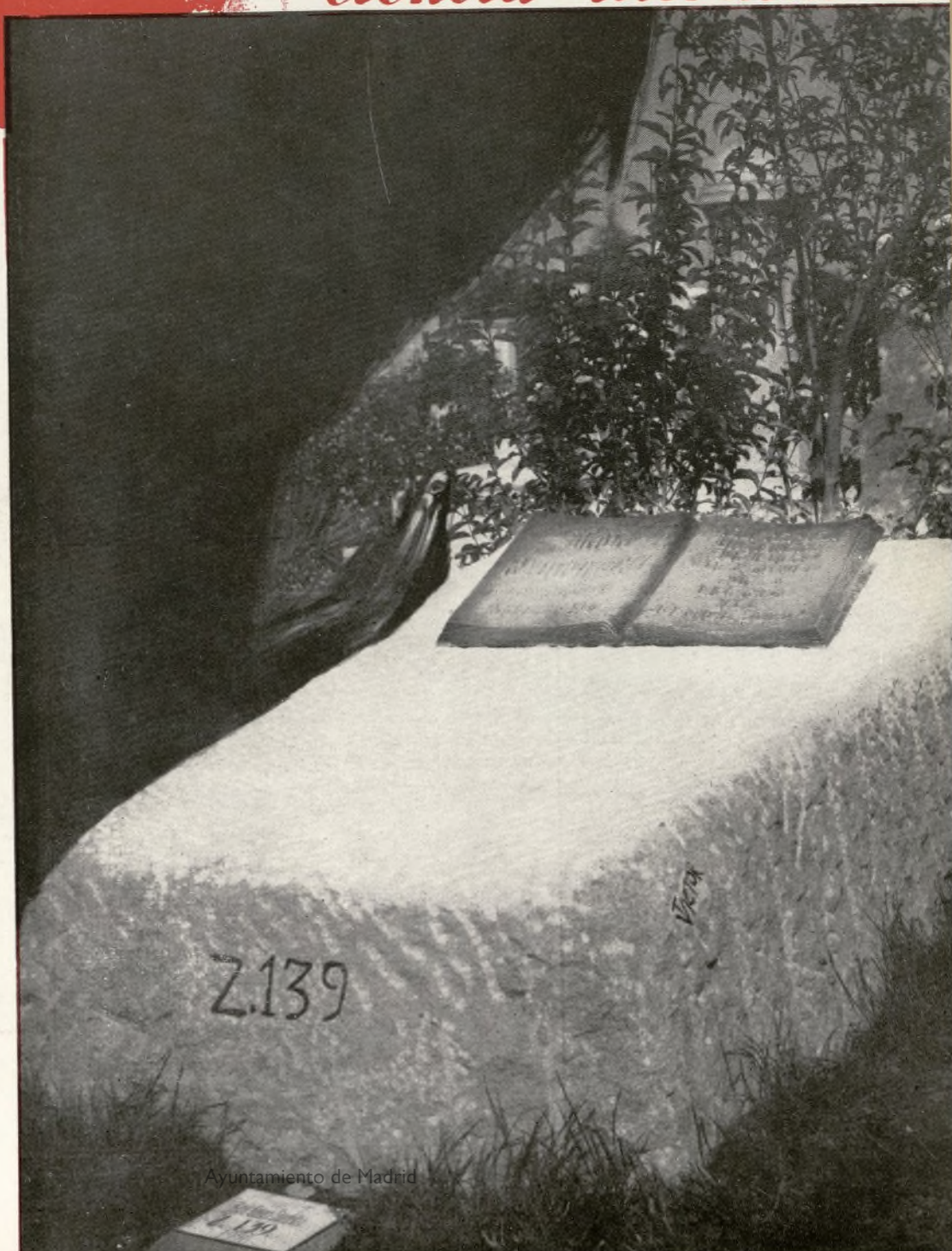
Federica Montseny: Un hombre y un libro.—Victor Alba: Profesión de fe. Hay que volver al inconformismo.—Eugen Relgis: Diez capitales: Belgrado.—El placer de leer. En el mundo de los libros.—Crónica científica. La astronomía al día.—B. Cano Ruiz: Tribuna de libre discusión. La genética contra el concepto clásico de la justicia.—Conrado Lizcano: La silla de Cervantes y Arge-masilla.—Vladimir Muñoz: Estudio sobre la barbarie humana. Los árabes.—Francisco Olaya: El informe Krutchev. — Microcultura.—V. M.: El pensamiento vivo de Nietzsche.—James Guillaume: Biografía de Miguel Bakunin (foletón encuadernable).

Enero
1957

73

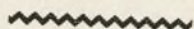
Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA



LA TUMBA DE SIMON RADOWITZY EN MEJICO

Perdida entre el dédalo de suntuosas sepulturas del cementerio español de Méjico—¡vanidad de vanidades, que persigue a los poderosos de este mundo hasta más allá de la tumba!—hay una roca escueta y limpia, rústica y sencilla. Bajo ella, reposan los restos de Simón Radowitzky, humilde campesino ucraniano, incorporado a la historia internacional de nuestro movimiento por un acto de justicia y por el ejemplo de toda una vida de desinterés y de sacrificio.

Los Amigos de Simón Radowitzky han hecho construir esta sepultura, que, por su sobriedad y su simbolismo, refleja sin palabras lo que fueron el hombre y la existencia que bajo ella se descomponen.

El tiempo pasará. Pasarán los días, los meses, los siglos. Pasarán los hombres, las generaciones. De Simón no quedará nada, devuelto a la tierra, confundido otra vez con el polvo inmortal. Pero restará su recuerdo entre nosotros, transmitido de unos a otros, mientras los hombres busquen — y buscarán siempre — ejemplos de sublimidad y de heroísmo en que abreviar su sed de grandeza, su necesidad de poesía.

El bloque granítico que cubre el despojo mortal de Simón, es el símbolo mismo de esa cantera humana de que han salido, salen y saldrán los gladiadores por la justicia y la libertad, los pioneros, los desbrozadores de caminos, los creadores de nuevas sociedades. Los rebeldes, los revolucionarios, los pensadores, todos los que han empujado, empujan y empujarán a la humanidad hacia formas superiores de organización social, hacia nuevas concepciones del hombre y de la vida.

CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaria de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Espleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

UN HOMBRE Y UN LIBRO

Desde el punto de vista social, Simón poseía otro gran inconveniente: su alma encerraba un sentimiento heroico. Reunir esta condición es un gran perjuicio. La sociedad no tolera más que el matar en frío, en los frentes de batalla o por indicación del juez; pero ser capaz de emplear esta heroicidad para vengar a sus compañeros asesinados impunemente, renunciar a su propia vida por ejecutar un acto de justicia... ¿Acaso no evidencia el mayor de los peligros?

JOSE VIADIU.



El último domingo de mi estancia en Méjico lo dedicamos a una peregrinación piadosa: fuimos a visitar la tumba de Simón Radowitzki en el cementerio español de Méjico.

Hacia exactamente seis meses de su muerte y Molly Semo había dado fin a su obra, postrer testimonio de fraternal amor al desaparecido: el monu-

mento funerario bajo el cual reposará Simón eternamente. Ella deseaba que un grupo de amigos, los que con él convivieron en sus últimas horas, y yo, que tanta admiración y tanto afecto sentí por él en vida, pudiésemos contemplarlo.

El día era maravilloso. El cielo tenía ese azul intenso del firmamento tropical; el aire ligero, que refresca y embalsama los días y las noches mejicanas, atenuaba el ardor de los rayos solares.

Nos habíamos citado a las once de la mañana, en la puerta del cementerio. Llegamos todos puntuales. Pronto se congregó la pequeña comitiva, asediada por esa nube de muchachos, de niños casi, que asalta al blanco en todo momento en Méjico:

—Señorita, si quiere usted yo regaré la tumba. Señorita, cómpreme usted flores. Señorita, yo llevaré el ramo. Señorita, yo le acompañaré donde usted quiera.

En los cementerios, como en las puertas de los cafés, de los restaurantes, en los paseos, por todas partes, los «sciuscita» mejicanos nos persiguen con su voz plañidera. Un centavo les contenta. Y con los pies desnudos, apenas cubiertos por un pantoloncillo de hilo y los harapos de una camisilla, corren de un lado para otro. La mayor parte apenas tienen diez años: otros tendrán quince o veinte. Son los hijos de la calle; los hijos de la miseria; los hijos de la ignorancia. Algunos productos de la mezcla de las razas. Muchos serían hermosos, si no estuviesen esqueléticos y sucios; otros tienen ojos resplandecientes de una inteligencia que mañana el «pulque» apagará, haciendo de ellos un número más en esa cohorte fantasmal de indios fanáticos y famélicos que he visto reproducirse hasta lo infinito en los bordes de las carreteras, inmóviles como estatuas, silenciosos y embrutecidos, esperando nadie sabe qué, dirigiéndose hacia nadie sabe dónde.

En el cementerio español de Méjico duermen el sueño eterno todos los que han ido jalonando las largas estaciones de nuestro calvario en América. Aquí duermes la viejecita madre de los Ascaso; aquí está el compañero Muñoz, el último secretario de la Regional Aragonesa; aquí yace Bruno Lladó, muerto desesperado, blasfemando y maldiciendo entre las monjas del Sanatorio, empeñadas en salvar su alma y envenenando los últimos momentos de vida de su cuerpo. Aquí están todos los que han ido muriendo en Méjico, unos de vejez, otros de enfermedad, algunos de nostalgia. Aquí, entre todos, los ya muertos y los que irán muriendo, está también Simón Radowitzski, enterrado con el nombre que adoptó en Es-

paña y con él que vivió en tierra mejicana: Raúl Gómez.

Está aquí por voluntad propia, respetada por sus amigos y compatriotas. Hubiera podido ser enterrado en el cementerio israelita o en el ruso. Quiso que su cuerpo se descompusiese y se reintegrase a la tierra madre, entre los que fueron sus hermanos de adopción; entre los que compartieron con él las horas de gloria y de amargura de la revolución y del destierro.

El monumento funerario no es más que un enorme bloque de roca volcánica depositado sobre la tumba abierta en la tierra. Bajo esa roca reposa Simón. Y esa roca simboliza su propio templo, su misma reciedumbre, la calidad ardiente de su alma. Y sobre el bloque no hay más que un libro esculpido en piedra, abierto con estas palabras, a un lado: «Simón Radowitzki (Raúl Gómez) — 1889-1956»; al otro estas simples palabras: «Aquí reposa un hombre que luchó toda su vida por la libertad y la justicia social».

*

Permaneci mucho rato silenciosa y sobrecogida. Sentía un nudo en mi garganta y debía hacer esfuerzos muy grandes por retener mis lágrimas. Bajo la roca que cubre su cuerpo no deben quedar ya más que restos en descomposición. Pero yo veía de nuevo a Simón, tal como le vi en España. Volvía a ver sus ojos tan serenos y tan dulces; su sonrisa tan triste y tan extraña; su gran frente pensativa; su cuerpo de asceta.

Los compañeros, a mi lado, evocaban los últimos momentos de su vida. Por un azar desgraciado, Simón, acompañado siempre, murió completamente solo. La muerte le sorprendió cuando ningún compañero estaba con él; incluso cuando todos, y él mismo, creían que lograría vencer la nueva crisis cardíaca que se le había producido. La enfermera que recogió sus últimas palabras dijo que habían sido estas:

—Los compañeros, los compañeros... ¿Dónde están los compañeros?

Y con un gran suspiro se apagó para siempre su conciencia.

... ¡Su conciencia! ¡Cuánto había sufrido esa conciencia suya en sus últimos años, casi en sus últimos meses!

Los disgustos sufridos en las asambleas de Méjico, donde, en una ocasión, se le discutió hasta el derecho de hablar, diciéndole: «En ese pleito sólo deben intervenir los españoles», contribuyeron, según parece, en buena parte, a acelerar su fin.

En esa asamblea, de las más borrascosas, Simón, sacado de sus casillas por la interrupción; Simón, el silencioso; Simón, el taciturno; Simón, el solitario, pronunció uno de los mejores discursos hechos en defensa de la C.N.T. y del anarquismo. Cuando calló, extenuado, después de haber dicho todo cuanto llevaba en el corazón sobre la trayectoria de la C.N.T., sus luchas y lo que habían de continuar siendo sus finalidades, pareció como si una oleada de aire fresco, como si una ráfaga de viento purificador hubiese pasado, azotando las frentes de todos.

Porque nadie tenía tanto derecho a hablar como Simón, aunque no hubiese nacido en España, de la C.N.T. y del anarquismo. Porque nadie podía decir

tantas cosas con tanta autoridad moral, con tanta lucidez, con tanta lealtad. Quizá todos hoy lo han comprendido. Y porque quiero tener esta esperanza o hacerme esta ilusión, acepto ver en el libro dedicado a su memoria y editado por el Grupo de Amigos de Simón Radowitzki, el nombre de Agustín Souchy, unido al de Liberto Callejos, al de Luce Fabbri, al de José Viadiu y al mío.

Este libro, «Una vida por un ideal», es otro monumento elevado a la memoria de Simón. De Simón, hombre de bondad y de justicia, combatiente infatigable, símbolo de un ideal y encarnación de una comunidad humana.

Porque nadie puede ver en estos dos monumentos, el de piedra y el de papel, ningún culto a los héroes, ninguna idolatría, ninguna manifestación de tipo religioso. Simón fué el hombre más opuesto, el tipo humano más irreductiblemente opuesto a toda clase de cultivo y exaltación de la personalidad. Fué la simplicidad misma; la humildad misma; la modestia misma. Era, por lo demás, tosco y rudo. Nada tenía de un intelectual. Mucho menos de un pastor. Y era el polo opuesto del líder.

Precisamente por eso, este homenaje rendido al hombre que fué y al ejemplo que resta, tiene mayor valor; representa algo más espontáneo, más noble y más sincero.

En él se saluda y se recuerda el idealista, el hombre de acción, el anarquista por temperamento, por condición natural, por madurez física y moral. De él no quedan libros escritos; no fué conductor de multitudes. Fué un obrero, un ucraniano revolucionario; fué un justiciero, porque en él, como dice con lucidez Viadiu, había un sentimiento heroico. Fué un hombre íntegro, porque era todo de una pieza, entero y sin complicaciones, duro y ardiente, como la roca volcánica que cubre sus restos.

Y por eso todos le hemos amado y alrededor de su tumba y de su recuerdo nos reunimos todos. En él hay lo mejor de cada uno de nosotros. Todo lo sublime y lo heroico de que han sido un día capaces nuestras almas, que no se realizó, pero que Simón **SI REALIZO**. Por eso le amamos todos y todos vemos en él el símbolo de una conciencia superior, de un estadio moral superior, de una dolorosa ascensión conseguida en una figura humana, creciendo en sí misma, dentro de sí misma, hasta alcanzar grados de enajenación, de sublimación, que los cristianos explican a su manera, pero que nosotros explicamos a la nuestra.

Por eso el bloque de roca y el frágil monumento de papel tienen un valor moral tan profundo. Representan tantas cosas entrañables que no pueden ser juzgadas ligeramente.

*

El libro es sobrio, simple, claro, limpio, como lo fué Simón. Es la obra de un grupo de amigos reducido, pero selecto; de la voluntad y del cariño de un puñado de seres que le conocieron desde hace muchos años y que a él estuvieron ligados por lazos más fuertes y más reales que los de la sangre.

Cuando volvíamos de nuestra peregrinación sentimental, Semó, apoyado en mi brazo, me hablaba de Simón. Semo, siempre enfermo, herido de muerte

deste hace muchos años, que no pensaba sobrevivir a Radowitzki, pero que aún ha debido enterrarlo. Semo, otra figura casi irreal, perteneciente a un mundo extraordinario, del que sólo se tiene conocimiento cuando las raras individualidades que lo componen desaparecen de la vida y vuelven a la Nada.

Me hablaba de su pasado, de su adolescencia en Ucrania, de su primera juventud. Me hablaba del hombre que había sido, tan pulcro, tan delicado moralmente, que pasó por la vida esforzándose en evitar todo daño; esforzándose en prodigar el bien a manos llenas. Me habló del hombre, que no comprenderán fácilmente los que no conozcan un poco de esa mezcla singular de dos herencias reunidas en su sangre y en su alma: hebreos y eslavos, produciendo un ejemplar de elección.

Y este paseo entre las avenidas del cementerio, esa resurrección de Simón a través del español laborioso de Semo, esa mañana triunfante de vida y de sol entre sepulturas y entre evocaciones del pasado, creo que no la olvidaré nunca. Es otro de los profundos recuerdos de Méjico. De los inolvidables recuerdos de Méjico.

Es un hálito de poesía, de aire vivificador; es una ascensión interior en medio de lo banal, lo cruel, lo brutal de la vida cotidiana.

Los poetas son necesarios, porque sin ellos la prosa de la vida nos asfixiaría. La música es necesaria, porque sin ella el alma humana no se elevaría a

cumbres de emoción inaccesibles sin la ayuda de la armonía. El arte es necesario, porque él cultiva, desarrolla y afina facultades espirituales sin las que el ser humano no sería lo que ha llegado a ser en un lento ascenso desde la caverna primitiva.

Y es necesario que existan hombres excepcionales, figuras que encarnen estadios avanzados de humanidad, desconocidos del vulgo, porque sin ellos el progreso moral sería aún más difícil y más lento.

Y son necesarios momentos de sublimación y de fuga de lo vulgar y de lo cotidiano, porque gracias a ellos aún pueden vivir en nosotros valores espirituales imponderables, sin los cuales la vida humana semejaría con exceso al vejetar de una piara.

Por todo ello y por muchas cosas más, Simón es un tesoro muerto, como lo fué vivo. Y el libro dedicado a su memoria es noble, preciso y bello.

Sólo deseo que, al leerlo, al familiarizarse, los que no le conocieron, con el alma cordial y entrañable de Radowitzki, ellos—el hombre y el libro—realicen la siembra de amor y de ideal que fué la obra constante de Simón.

Es así, seguramente, como él soñó algún día que podía ser útil y fecunda su vida; honrado su recuerdo; fértil su sacrificio; imperecedera su memoria.

Federica MONTSENY



Paisajes de Méjico. — Puesta de sol.

Profesión de fé Hay que volver al inconformismo



UN suponiendo que de las 24 horas del día el hombre pasara ocho durmiendo sin pesadillas y ocho a su placer, con entera libertad—y estamos muy lejos de ello—, las ocho restantes las viviría sometido constantemente a los caprichos e intereses de un tiranuelo de menor cuantía, del cual dependen, en realidad, la seguridad y la paz de las otras dieciséis. La vida del obrero moderno, sometido a la máquina de modo inmediato, al capataz y a las oficinas de organizadores del trabajo luego, al interés del dueño o del Consejo de Administración finalmente, al capricho arbitrario del mercado, es una existencia tan carente de libertad como la del esclavo o del siervo y mucho menos libre que la del artesano medioeval del cual salió la burguesía.

Sin esta libertad gremial, el burgués nunca se habría desarrollado para convertirse en capitalista. Sin libertad en su trabajo, el obrero nunca podrá desarrollarse para convertirse en el hombre libre de otra sociedad futura en la cual ignoramos qué nombre tendrá. Pero además de este motivo histórico, el obrero de hoy, el que cruzamos por la calle, tiene derecho a que sus ocho horas de trabajo, de las cuales depende el tono del resto de su tiempo, sean horas libres, agradables, en las que la vida no resulte un fastidio, sino que encuentre en ellas un motivo del placer de vivir. La técnica, hasta hoy, ha hecho más y más imposible esta libertad. Si la hallamos aún, como excepción, en ciertas pequeñas empresas, ha desaparecido totalmente de las grandes, tanto en la industria capitalista de Occidente como en la soviética y en las industrias nacionalizadas de otros países.

Justamente, si las nacionalizaciones tenían que valer algo era por el sentido humano que debían dar al trabajo—y no sólo la retórica sobre el trabajo—. Técnicamente, se podía hacerse sin perjudicar el rendimiento, pero habría debido hacerse aún con este riesgo, porque el «obrero nacionalizado» debe dejar de ser un instrumento de producción, o ya no es tal, sino un simple asalariado de un nuevo tipo de patrón.

Los técnicos afirman que el rendimiento del trabajo aumentaría si los obreros se dividieran en pequeños grupos, cada uno de los cuales, democráticamente, decidiera su manera de laborar, se gobernara a sí mismo. Intentóse hacerlo en Rusia después de la revolución y dado que los resultados no fueron inmediatos—¿cómo iban a serlo, en un país campesino y después de una guerra devastadora?—, se prefirió superesclavizar al obrero para arrancarle algo más de plusvalía. Aun suponiendo que ésta fuera íntegramente destinada a obras sociales y no militares, ¿de qué le vale tener hospitales espléndidos, metros suntuosos, teatros de maravilla y hasta—lo cual no pasa de un sueño—menús de gourmet, si la mitad de su vida consciente la emplea en algo embrutecedor que no puede gustarle, que lo atonta y aburre?

Pero es que, además, dado que la mayoría de las gentes no se interesan espontánea y activamente por la política, esta democracia de grupo, en lo que afecta directamente al hombre—su trabajo—es el único entrenamiento posible para defender sus derechos—y también la única garantía de que no pueden serle escatimados—. Si la democracia de fábrica hubiese continuado en la U.R.S.S., la burocracia ni siquiera habría podido nacer, y menos dominar. Si en las nacionalizaciones primero, en toda la industria después, se fuera estableciendo este derecho del obrero a dirigir democráticamente su trabajo, el trabajador aprendería a analizar, a reconocer sus intereses, a no escuchar la retórica—que en los grupos pequeños siempre suena a hueco—, y resultaría menos fácil engañarlo, mentirle, arrastrarlo y sugestionarlo.

Del mismo modo que el feudalismo con su división del poder dió a la incipiente burguesía las posibilidades de fortalecerse y desarrollarse, el capitalismo, al concentrar la industria, al mecanizar hasta la locura la producción, nos ofrece las condiciones de fortalecer el proletariado, de entrenarlo para defenderse hoy, para crear mañana, y entre tanto, para ejercer una acción real, inmediata sobre cien problemas del día, desde el control de la construcción de armas y su distribución, hasta la posibilidad de dar al obrero urbano las ventajas de la vida del campo y al rural las comodidades de la ciudad, porque no debe olvidarse que esos «detalles»—a los cuales individualmente damos tanta importancia—la tienen también para el hombre colectivo. ¿Si el movimiento obrero no se ocupa de esto, quién se ocupará?

Esta democracia de grupo, de todos los minutos, implica una descentralización a fondo. Sin ella, la libertad no pasa de ser una manifestación simplemente política—y cuán vacilante e insegura—, y la fraternidad un asunto privado, de humores particulares. Las puertas del progreso humano—que no debe confundirse forzosamente con el técnico—quedan cerradas por la centralización, que agosta, dispersa y aplasta. La centralización refuerza al Estado y crea una serie de subestados que por su naturaleza misma tienen tendencia a limitar la libertad. Hay que estar constante, lentamente destruyendo el Estado, y creando cotidianamente, en la conciencia del hombre y en su voluntad, las condiciones de ejercer el poder sin necesidad de recurrir a esa monstruosa exhibición de pornografía política que, chorreando de la verborrea constitucional, acaba envenenando la existencia de todo el mundo.



Fomentar cuanto evite la obediencia pasiva, vacunar a los hombres contra la posibilidad de que acaben adorando al Estado, demostrar con hechos que el hombre en grupo, democráticamente, tiene en potencia mucha más eficacia organizadora y creadora que el Estado más clarividente—¡si lo hubiera!—. El que por temperamento es político, militará. El que no lo es, intervendrá en el gobierno de su comunidad: empresa, club, sociedades, barrio. Esta vacuna

contra la propia inercia del hombre, contra sus instintos de adoración de lo monstruoso, es una condición previa para que el movimiento obrero pueda llegar a sus fines. Vacuando así, está ya realizando una parte de los mismos, dando más sentido, más placer, más eficacia a la vida cotidiana del hombre de hoy y librándole de los riesgos de perder todo esto—tan poco—que ha conseguido.

Las nacionalizaciones han fracasado, más que por el sabotaje comunista y capitalista, porque padecían de un vicio de raíz: se proponían rendir más, seguir tratando al obrero como medio de producción, en vez de fijarse como fin el libertar al trabajador de esta condición artificial que le han encasquetado burgueses y comunistas.

Toda la política económica sedicente socialista de los gobiernos de la Europa Occidental tiene que fracasar igualmente por idéntica razón: porque su objetivo no es distinto del de los gobiernos capitalistas. En primer lugar, ¿quién de nosotros concibe que sea posible reconocer un carácter creador en los cacareados planes nacionales? ¿Cómo es posible que un plan nacional, aunque triunfe, logre otra cosa que reforzar las rivalidades internacionales? Conseguir un mayor bienestar dentro de las fronteras para que, cuando comencemos a acostumbrarnos a la reciente comodidad la perdamos, con la vida, al vernos envueltos en otra guerra... Esto no puede ser en ningún caso obra del movimiento obrero.

En segundo lugar, ni siquiera hemos previsto—no habíamos ya de evitarlos—los nuevos dolores que tan a menudo acarrearán los progresos técnicos. La tragedia de los campesinos rusos cuando la formación de los kolkhoses, el drama en sordina del obrero de tantos países que ante un nuevo invento tiene que abandonar un oficio que ha aprendido a querer, o desplazarse a una región que no le gusta... todo esto, ya ni tan sólo nos conmueve activamente, y encogiéndonos de hombros decimos que son sacrificios impuestos por la causa, como si la razón de ser de la causa no fuera precisamente evitar estos sufrimientos estériles, deshumanizadores. Si el movimiento obrero no ha de resolver esos dilemas, ¿de qué sirve? Porque nuestra misión es hacer que el obrero—el de aquí y hoy—se sienta mejor que cuando mandan los políticos capitalistas.

El progreso técnico disminuye las relaciones entre los hombres. ¿Dónde es posible una fraternidad real en ciudades como Londres, Nueva York o Berlín? Tampoco hasta ahora el movimiento se ha planteado el estudio de los medios para compensar esto con un acrecentamiento de la participación del hombre de la calle en la vida común, con un intercambio entre masas rurales y ciudadanas, con la dirección para el futuro del desarrollo de ciudades y pueblos... Los tímidos ensayos hechos, lo han sido con una mentalidad que busca la eficiencia en la salud, en el trabajo, en la sagrada productividad, pero no simplemente en el hombre entre los hombres.

Hemos actuado como si tuviera razón Kaganovich cuando decía en el XVIII Congreso del Partido Comunista ruso: «La dirección es el poder de distribuir las cosas materiales, de nombrar y despedir a los subordinados, en una palabra, de ser dueño de la empresa considerada.» Y poco importa que la «empresa considerada» sea una fábrica, un partido o la nación entera.

Por idéntica razón fracasa nuestra política internacional—¿nuestra?, mejor, la que seguimos—. Reaccionamos ante los actos de los rusos en la Europa Oriental, por ejemplo, no pensando en los sufrimientos de los habitantes de tales

naciones, en sus esperanzas frustradas, en su porvenir troncado, sino reflexionando como estrategas y economistas... Esto está bien para los diplomáticos capitalistas, pero para los nuestros—de nuevo: ¿nuestros?—es negarse a sí mismo y rehusarse unos medios de acción y de influencia que precisamente porque serían nuevos, de hombre a hombre, darían resultados mucho más eficaces que los que hasta ahora en uso, eficaces incluso en el terreno de la estrategia y de la economía.

No nos engañemos: al hombre de la calle, lo que le interesa no es tener la sensación de que es dueño de una parte de su fábrica o de su tierra, sino ver que esta parte de propiedad le hace vivir mejor—y en vivir están también comprendidas las manifestaciones sentimentales de la personalidad del obrero—. A fin de cuentas, tal es la finalidad de la técnica, entendida por nosotros. Hasta ahora, en ningún lugar—ni en los Estados Unidos, ni en la U.R.S.S., ni en Inglaterra o en las industrias nacionalizadas de Francia, de México o de las «democracias populares»—, la técnica ha servido para esto. Al contrario, el hombre se aleja más y más, personalmente, de sus medios de trabajo. Una tercera parte de su tiempo y el eje en torno al cual gira su vida, se vuelven cada día más una entelequia que no entiende. Así, el hombre queda a merced, en su existencia cotidiana, de los que fingen entender el caos científico actual: los técnicos.

Bajo una u otra forma—ninguna tolerable ni respetable—el capitalismo deriva hacia la tecnocracia, y en la U.R.S.S. ya casi ha llegado a ella, aunque todavía disfrazada para señuelo de las gentes de afuera. El gran peligro del mundo actual es precisamente éste. El movimiento obrero debe ser el protector del hombre que trabaja y evitar que se convierta en el esclavo del técnico, y éste en siervo de la máquina. Esta misión, hoy suprema, no debe perderla de vista nunca, tanto si está en la oposición—entonces abriendo los ojos para que la gente sepa resistir al hechizo del falso «progreso» mecánico sin ton ni son—, como si está en el poder—en este caso haciendo que toda su política económica y cultural constituya una garantía contra esta generación industrial—. La técnica, de por sí, no tiene color. El color se lo dan quienes la emplean. Manejada por el movimiento obrero, no debe ser nunca lo mismo que manejada por el capitalismo: un instrumento de esclavitud y de embrutecimiento, de conformismo. El renacimiento religioso en sus peores formas, que se registra hoy en toda la Tierra, demuestra que la técnica por sí sola no protege a nadie.

En cada país, en cada caso, los medios para esta salvaguarda del hombre contra la técnica serán distintos, pero siempre se han de fijar teniendo en cuenta que un «progreso» no es tal si no aumenta las posibilidades de libertad en la fraternidad. Tenemos bastantes ejemplos de lo contrario para que sea ya lícito equivocarnos.

Por otra parte, la técnica actual tiene una tendencia lógica a acentuar el estatismo. Todas las realizaciones del movimiento obrero—por causas que ya hemos examinado—han reforzado el estatismo. No hay verdadero socialismo o como quiera llamársele, sin dispersión y atomización de la autoridad, sin mengua del Estado, sin democracia de grupo. El movimiento obrero debe vigilar también este terreno peligroso e impedir, cuando está en la oposición, que se acentúe aún más la sumisión del hombre al Estado, y cuando está en el poder debe hacer constantemente conciencia al hombre fuera del Estado para encargarle funcio-

nes de éste, para que controle, dirija, estatuya y distribuya. Siempre habrá más justicia, por escasa que sea, en el hombre unido a otros hombres, que en el burócrata separado de los hombres. Frente al caos del Estado capitalista, el dirigismo es lícito, pero a condición de que quienes dirijan sean los hombres, y no los expedientes. Esto exige una lenta ricisión, con muchos tanteos, de la democracia y el hallazgo de nuevos métodos de manifestación más directa del criterio del individuo que va por la calle y produce plusvalía sin darse cuenta.

El medio ha de venir, como siempre, determinado por el objetivo final. La lucha, en vez de una rebatía de cargos y poder, debe convertirse en un medio para que reine más libertad y se respire más fraternidad.

Pero, ¿cómo enfrentarnos con nuestros problemas de aristrocratas del mundo—técnica, democracia, poder, paz—, cuando ni siquiera hemos logrado preservar en las cuatro quintas partes del mundo la justicia más elemental?

¿Qué valor podrán tener, qué bienestar nos darán las más radicales y eficaces medidas tomadas con la mayor buena fe, mientras puedan escribirse cosas como ésta que dice el nada sospechoso Paul Morand: «Imaginez un homme à peu près nu, en loques, se nourrissant d'un bol de riz ou de quelques sauterelles grillées, considérant le moindre labeur comme une aubaine, peinant de quinze à dix-huit heures par jour pour ne rien posséder, sans autre plaisir qu'une fois par hasard de sentir son ventre ne pas crier de famine, couchant où il peut, être squelettique, abandonné, obligé jusqu'au cercueil aux travaux les plus pénibles... un homme que nulle loi ne protège, que les usuriers traquent, que les armées rançonnent»? Añadid a esto la superstición más barata, la incultura total, la orfandad de toda esperanza... Así viven las cuatro quintas partes de los habitantes de la Tierra: en China, en la América latina, en África, en la India, en la U.R.S.S., en los países árabes... Las mujeres son vendidas como cosa normal. Los niños de padres hambrientos son cedidos a cambio de un puñado de comida. Muchas ciudades modernas, ultracomodas, se levantan sobre un sistema de esclavitud en pleno funcionamiento, aceptado por todos, como el «pongaje» en el Perú, por ejemplo, o las castas indias. Las cuatro quintas partes del mundo viven como hace cien mil años. ¿Qué ha significado para los habitantes de estas enormes, abrumadoras zonas de la Tierra el movimiento obrero, ni siquiera la más tímida democracia burguesa?

Esta realidad que no vemos, que clama por apóstrofes bíblicos, que debería quitarnos el sueño, se eterniza a nuestro lado, ante nuestros ojos... Compramos tranquilamente en París productos hechos por esclavos—he dicho esclavos—, en las colonias. Y esto es válido para cualquier ciudad moderna en cualquier país. Un socialismo edificado sobre estas bases, ¿qué puede ser?

En una cuarta parte de los habitantes de la Tierra, un cinco o un diez por ciento de sus componentes, que se creen avanzados, y la selección de la Humanidad, los claricidentes, la conciencia del Mundo y qué sé yo qué más, hablan de estrategia política, de la necesidad de tener en cuenta los factores económicos en la división de Europa, de las posibilidades objetivas de establecer las condiciones técnicas para... ¿Qué asco, tanta inconsciencia ignara y vanidosa! Nacionalizar aquí una industria y mantener esclavos, allá, a sus clientes... ¿Es esto el socialismo? ¿Es socialismo, acaso, ceder por diplomacia una frontera—por «es-

piritu «realista»—sin pensar en la gente, en cada hombre y cada mujer a los que esta medida afecta? ¿Es socialismo, tal vez, decir que no todo puede hacerse de la noche a la mañana, que se necesita tiempo y preparación? ¿Tiempo para aprender a comer y a vestirse? ¿Preparación para vivir como cualquiera de nosotros, los selectos, los puros, los remilgados? Si se han de causar perjuicios a muchos, dificultades económicas, problemas internacionales porque de la noche a la mañana destruyamos estas injusticias mayores, inimaginables, que se causen, pues si el movimiento obrero no existe para dar solución a estos obstáculos, entonces, ¿sabe alguien decirme de qué diablos ha servido y quién diantre puede enfrentarse con esas cuatro quintas partes de víctimas de nuestra fatua incapacidad de santones grandilocuentes?

Nuestras lágrimas no curan la lepra de los chinos ni alimentan a los niños indios. Mientras todas esas cosas estén ahí, en torno nuestro, reclamando silenciosas que demostremos que somos realmente la conciencia del mundo y que forjamos el porvenir, ¿cómo podemos creer, ni siquiera hipnotizándonos, que tenga algún valor real, alguna eficacia, cualquier medida que tomemos y que no traiga aparejada la desaparición de esta esclavitud total de las cuatro quintas partes de las gentes cuyo futuro pretendemos determinar?

No es posible ser feliz en Inglaterra mientras se es desgraciado—acaso sin saberlo—en el Congo, ni hacer literatura amable en Francia mientras en Bolívia no se sabe leer, ni loar al socialismo en Italia en tanto que en Saigón existe un mercado de niños. Todo está trabado, en este mundo de hoy. El único universalismo real que conocemos es este hecho negativo de que la desgracia de los unos esteriliza la dicha de los otros.

El movimiento obrero está ahí para cambiar las razones históricas, geográficas y cualquier razón que «justifique» una injusticia; está ahí para ayudar a este infeliz rumano que se enfrenta con la N.K.V.D., a poder dormir tranquilo, para que el hombre de la calle de Praga o de Pekín viva en paz. Y para que de una vez todos los técnicos, los diplomáticos y los pacientes dejen de mandar sobre esta monstruosa injusticia general, esta indiferencia de todos, esta vergüenza sin sonrojo que estamos llamando civilización occidental.

El movimiento obrero que tolerara un solo día, en un solo lugar, una situación como la que hoy existe en cualquier punto del mundo (en Londres o en Calahar), no podría aspirar a salir del atolladero donde lo ha metido su prudente ignorancia de estas realidades.

¿Que todo esto no es misión nuestra, que nosotros sólo debemos ocuparnos de las Grandes Corrientes Históricas y de las Realizaciones en Gran Escala? ¿Quién lo ha dicho? ¿Qué estúpido ingeniero ha cambiado nunca algo en el Mundo? ¿Y qué no podemos cambiar si somos (¿por qué no?) a la vez que políticos, misioneros, profetas, organizadores de huelgas, poetas y fabricantes de bombas?

Pues esto es lo que han sido, siempre, todos los movimientos inconformistas: un alud de chiflados que tenían el orgullo de su chifladura contagiosa.

Lo sensato y lo prudente es tomar en cuenta esta experiencia histórica y seguir el ejemplo de todos los chiflados que han hecho de la historia algo más que un manual escolar.

Victor ALBA

DIEZ CAPITALES

BIEILGRADO



U N mapa astronómico crece, acercándose y precisándose allá abajo, a la izquierda. Estrellas eléctricas aparecen una tras otra o en hileras, parpadeando amarillentas en la atmósfera compacta, casi ennegrecida. Belgrado (¿quién la llamó «la perla de Europa») se extiende en abanico, sobre colinas. Anfiteatro bañado por un Danubio muy ancho, con aspecto de mar, pues el Sava y el Drava se unen allí, entre matorrales y bosquecillos de sauces y cañas, en un remolino de aguas profundas y rápidas. La ciudad, esquemática, con sus manzanas bajas y largas, con sus arterias punteadas de globos luminosos, sin los contornos de cúpulas, campanarios y chimeneas que prestan a otras capitales una fisonomía familiar. Por encima de la ciudad, en lo alto, las verdaderas estrellas parecen una pálida y deslucida réplica a los artificiales astros terrestres, cuya geometría se vuelve movediza, variable según los rodeos y las maniobras del barco.

Cuando llegamos finalmente, el puerto aparece casi desierto, rudimental, con un pequeño muelle y algunas fachadas roñosas, medio ocultas tras unos muros ciegos. Un callejón muy inclinado, resbaladizo; un pasaje con centenares de escalones, casi vertical. La ciudad se extiende más allá de los postes eléctricos clavados en las crestas, altas y recelosas como murallas de cárcel. Si, en ocasión del viaje anterior, pude desembarcar para dos horas (después de mucho parlamentar con los aduaneros rígidos, monosilábicos), esta vez su rechazo es terminante, de una obstinación agresiva. Los siete Estados ribereños permiten, sin visado alguno, el desembarque durante la escala. Yugoslavia, hinchada por su orgullo postbélico, desconfía de cualquier viajero. Sólo los «hermanos» checos tienen el privilegio de bajar. Los otros viajeros, aglomerados en torno a un pequeño oficial batallador y de un agente inmovilizado en el pasadizo, exponen en vano sus razones. Los aduaneros se rien cuando un anciano sensato les dice que la simpatía entre los pueblos no se obtiene mediante fronteras herméticas. Por supuesto, a los Servios que se creen representantes de su Estado, les basta la gloria del martirologio nacional, del que salieron vencedores después de largos años de guerra.

Alguien llega al pontón, al lado del barco, llevando un diario en la mano.

—¿Milovan Prokich?

El hombre levanta el diario, en señal de aquiescencia. Es así que se reconocen los camaradas, que traban amistad antes de conocerse personalmente. Milovan Prokich está allí, a pocos metros, y apenas podemos cambiar algunas palabras vagas, alusivas, como si fuéramos separados por las rejas en el locutorio de una cárcel. El

me hace algunos signos más y desaparece. Media hora más tarde, vuelvo a verlo, agitando un pequeño papel. El guardabarrera me deja pasar, advirtiéndome que debo regresar al barco antes de medianoche. Cuando subo por la callejuela de cien escalones, con Prokich y un joven que lleva una gorra de colegial, nuestra risa estalla, amarga:

—El egoísmo nacional se parece, muy a menudo, a la maldad infantil. Me fui a la policía y expliqué al director, que por casualidad era un conocido mío, que Yugoslavia no necesitaba ya de... murallas chinas, sobre todo ante un intelectual y escritor de un país vecino, «aliado y amigo». Me dió este permiso especial, después de haberle asegurado que usted es una «persona honrada»...

Nos sentamos en un banco, en el jardín público: la subida fué rápida, fatigosa y nuestras palabras demasiado precipitadas. Pero un guardián nos invita a pasear; a esta hora tardía de la noche, nadie puede detenerse aquí... Recorrimos el parque de Kalemegdan, que encierra una vasta fortaleza del tiempo de los romanos. Los muros exteriores, las balastradas son remendados con piedras nuevas, esculpidas. Hileras de árboles, al margen de las antiguas zanjas anchas, con su borde blanco. Hiedras, glicinas, rosas salvajes cuelgan de los parapetos y las almenas. La fortificación central está en un foso inmenso, con sus contrafuertes y bastiones, más abajo del nivel del parque que atravesamos. Algunas construcciones modernas, superpuestas a la fortaleza, tienen sus cimientos en las anchas murallas seculares. En una de estas casas está el Instituto geográfico militar. En vez de conservar las ruinas de la fortaleza, según las reglas de la arqueología y del turismo románticos, ellas son encuadradas en la arquitectura artificial de un parque. Las flores y las zarzas adornan las piedras. Hasta los senderos tienen en sus bordes, escalones y puentecillos, imitaciones de obras antiguas. El efecto es extraño: una mezcla de rigidez militar y de fantasía vegetal, en la sombra fría de la noche traspasada por la luz eléctrica, con manchas de moho, pálidos relieves y blancas esculturas nuevas. Conversamos en francés y contemplamos el paisaje, sin detenernos, seguidos por el guardián, quizá un espía también. El Danubio está abajo, en el fondo del amplio panorama que parece un abismo con centelleos de luciérnagas.

—Hay también en Yugoslavia algunos que piensan como usted: no mañana, sino hoy mismo debe comenzarse con la humanización del hombre. Ellos son solitarios en la masa amorfa, laboriosa, todavía obsesionada por los tremendos sacrificios de la guerra. Están todos hartos de tanta matanza, asqueados como después de una borrachera furiosa. Ya tenemos la «unidad nacional» — tres pueblos atenazados por el centralismo

estatal, político y militar. Sin embargo, hemos pagado demasiado caro esta unidad, para dejarla, como antes, al cuidado de los «grandes protectores». Si quieren realmente la paz, que sean los primeros en desarmarse. Servia fué un juguete de la política mundial: de Turquía, de Austria-Hungría, de la Rusia de los Zares. ¿Qué queda hoy de estas monarquías?... Luego, las intrigas de la Italia fascista, y sus abiertas amenazas. Quiso tener, mediante Albania, una espuela en los Balcanes. Quiso cercarnos con la ayuda de la Bulgaria desarmada todavía, de la Hungría siempre vengativa... Ya no podemos perder nuevamente la libertad nacional conquistada con un millón de muertos (¡un cuarto de la población de Servia, en 1914!). Así piensan los más generosos, entre mis compatriotas. Los pacifistas activos son más numerosos entre los campesinos. Entre los intelectuales, apenas se puede contar con algunos «objetores de conciencia». Aquí, la justicia militar es extremadamente severa y expeditiva...

Cuando salimos de Kalemegdan, reconozco la terraza de un restaurante donde estuve en una noche, hace dos años, durante la breve escala del barco hacia Viena. Sentado entonces a una de estas mesas, con mi esposa, no sospechábamos que más allá, del otro lado de esta simple verja, se halla una fortaleza en medio de un parque-jardín casi laberíntico. El bulevar que recorrimos ahora ostenta algunas grandes tiendas con escaparates de lujo, todavía alumbrados, a pesar de los pocos transeúntes apresurados. Patrullas, con fusiles y bayonetas, me recuerdan que el estado de sitio es casi normal en Belgrado. Prokich quiere mostrarme el centro modernizado: bloques de seis u ocho pisos al lado de casitas cubiertas de tejas al estilo turco. La estatua del príncipe Mijail, el Teatro Nacional, el Banco del Estado, algunos palacios todavía ocultos por sus andamiajes, la Academia de ciencias, separada de su planta baja por varios negocios mediante un zanico de vidrio, abierto por encima de la vereda, alrededor del edificio entero. En una plaza, guirnaldas de ampollas eléctricas, coloreadas: preparativos para la fiesta de la bandera yugoslava, que reemplazaba entonces la bandera servia, croata y slovena.

—Unificación por apariencias, por símbolos, y no por esa comunidad superior que tolera a las minorías sus pequeñas idolatrías nacionales. Estas últimas causan menos estragos que el imperialismo estatal—me dijo el camarada.

Entramos en un bar automático. Allí, la música también está mecanizada. Pero tenemos prisa de descansar un poco, antes de volver al puerto por el otro lado de la ciudad.



La dictadura personal del rey Alejandro, convencido de que podría pacificar el país apartando y hasta aniquilando los partidos políticos, no era distinta en su «método» y su práctica de la dictadura de Mussolini o de Hitler en nombre de un solo partido. Parafraseando a otro rey, podía decir: ¡El partido soy yo! pese a que algunos lo consideraban como el preso de una camarilla. Los decretos substituían a las leyes. Una dictadura cínica es, sin embargo, preferible al juego de muñecas de un parlamentarismo irresponsable... ¡Desde dos años, este país está tranquilo! La tranquilidad del terror frío, despiadado, que no perdona a nadie; tranquilidad de cuarteles, llenos de gemidos sofocados... El país está gobernado por militares. El primer ministro era también el comandante de la guardia real.

—Los partidos políticos merecen su destino, dije al camarada. Porque sus incesantes disputas no tienen otro sentido que las riñas entre los perros para un hueso, en la calle. Si no llegan hasta el hueso — el presupuesto del Estado — los partidos pelean, se desgarran recípro-

camente olvidando que los intereses del pueblo, en cuyo nombre peroran, son otros que sus ansias de Poder. La política — debemos repetirlo — no es creadora, sino parasitaria. Los valores económicos, culturales, morales se acrecentan mediante el trabajo silencioso de los millones de anónimos. Los habladores y los aventureros se meten en todo, están a la cabeza de las masas como la mosca sobre los cuernos del buey enjugado al arado. El orgullo de los jefes de partido, que se acusan los unos a los otros — seguidos por sus bandas serviles, que sólo anhelan «honores» rentables — desencadena a menudo la guerra civil, de usura y exterminio, más dañosa al país que una invasión de ejércitos extranjeros... ¡La idolatría política! esta es la calamidad de nuestra época, empeorada por la ilusión del voto universal. Es el culto a la incompetencia, en la feria aullante de las vanidades. La agricultura, la industria, la enseñanza, las ciencias necesitan labradores, maquinistas, maestros, investigadores, y solamente esos pueden conocer sus propias necesidades, solamente esos están en condiciones de resolver sus problemas especiales. Un régimen de las capas productivas, de los oficios manuales e intelectuales, es una expresión orgánica de la sociedad. Esta verdad es cada vez más evidente en todas partes. Hasta los dictadores intentaron mantener su dominación desnaturalizando esta verdad por la práctica de un supuesto «régimen de los artesanos», casi medieval... Pero el reino de los partidos exclusivamente políticos toca a su fin. La vida social es otra cosa que la fiebre política. Nosotros, que reconocemos la prioridad de los intereses totales y permanentes de la humanidad, trabajamos para alejar el fetichismo político, estrechamente vinculado al fetichismo nacional y estatal... La dictadura es el resultado de los excesos perpetrados por los partidos políticos, suplantados luego por uno solo. No la aceptamos. Sin embargo, debemos reconocer su «lógica», una lógica mórbida, pero evidente. Los hombres políticos estarán obligados de este modo a volver a su trabajo real, de cada día. Y se convencerán entonces de que la dictadura personal, la de un rey, de un presidente o primer ministro pone de manifiesto las caudas de los males sociales, del mismo modo que los dientes peligrosos de las rocas aparecen al navegante en el reflujo de las olas. En la lucha por la liberación social-económica, las fuerzas del pueblo fusionarán con la energía moral de los intelectuales que no han traicionado el Espíritu. Se verá entonces que la tiranía — sea monárquica, eclesiástica, nazi-fascista o de cualquier nombre — no tiene otro apoyo que el de la violencia organizada y de la intolerancia oscurantista. Y la gran lucha, definitiva, de larga duración — ¡hay que decirlo! — será llevada por algunas generaciones. Por aquellos que se empeñan en instruirse y humanizarse creando nuevas obras que estén al alcance de todos, no sólo de los privilegiados.

Cuando salimos del bar, una patrulla nos detiene en una esquina:

—¡Los documentos!

Prokich se apresura a mostrar el permiso especial. Uno de los agentes que acompaña la patrulla quiere sacarme algunas «declaraciones». Pero mi amigo interviene, persiguiendo sus propios documentos: licenciado en derecho de París, alto empleado en el Banco Nacional... Al mismo tiempo los agentes detienen a otros transeúntes. Uno de esos sabuesos, sabiendo que vengo de Rumania, me habla en rumano. Aprovecho, para sacarle yo sus «declaraciones». Es un rumano; no ha encontrado en su país ningún empleo. Comprendo: falta de «buena conducta». De todo modo, sirve para algo aquí, en un país aliado.

—¡Mis saludos a Bucarest! ¡La ciudad de la alegría! me dijo el agente, ocultando bajo una sonrisa sus

nostalgias, cuando la patrulla se aleja finalmente con sus bayonetas y sus amenazas.

—¡Ya ves de qué depende la libertad! me dijo Prokich con una expresión de disgusto en su cara crispada.

—Del capricho de un espía investido del poder del Estado, cuya seguridad tiene que defenderla contra los «enemigos». La libertad depende de este pedazo de papel que se te dió por el director de la policía, según su disposición del momento. El temor a los atentados es inherente a cualquier régimen de dictadura. ¿Quién puede envidiar el sueño de los amos, llenos de pesadillas? Los tiranos están obsesionados por las balas de los patriotas y la dinamita de los revolucionarios...

El odio persiste, como la brasa bajo las cenizas. Las llagas infligidas por la guerra están supurando todavía. Los búlgaros, por ejemplo, son odiados por nuestros gobernantes como si fueran la causa de todos los males en este país. Nadie puede pronunciar el nombre de Macedonia en una reunión: estallaría de inmediato la refriega. Ni siquiera se permite escribir este nombre en documentos oficiales. De este modo, los amos políticos que se creen también psicólogos, fomentan el odio dirigiéndole hacia un nuevo desenlace sangriento. Las advertencias de los hombres sensatos terminan a veces de una manera trágica... El profesor de economía política, Dragoliub Yovanovich tuvo el coraje de declarar que el destino de Serbia en la Gran Guerra constituyó la prédica más elocuente contra cualquier otra guerra. Indirectamente, él justificó la impresión de los Occidentales, que ven en los serbios a seres nerviosos, exaltados, a veces conmovedores, otras veces ridículos, generalmente incomprensibles. El profesor condenó la depravación moral causada por la guerra. Los hombres han perdido el gusto por el trabajo; los jóvenes y hasta los niños son abandonados por sus «educadores» a todas las influencias negativas. La juventud se volvió holgazana, arribista, sinvergüenza. Las ganancias fáciles llevaron a un insensato despilfarro, a un tremendo desenfreno de las costumbres. El espionaje, la denuncia, la vileza son recompensadas en igual forma que la venalidad y la cobardía. La honradez, la sinceridad son ignoradas o, de lo contrario, castigadas. Estos males persistirán en una sociedad donde tan pocos se atreven a afrontar la tiranía...

Mi camarada me ha resumido, de este modo, algunas ideas del profesor Yovanovich. Luego, me habló sobre literatos y artistas yugoeslavos, que, en este clima ultranacionalista, aspiran hacia otros horizontes culturales.

Bajamos hacia el puerto por una calle muy inclinada, levantada por obras de canalización. Muchas casuchas, apretadas. Algunas del tiempos de los turcos, con ventanillas bajo el alero. Dentro, ninguna luz. Los que no duermen, están cuchicheando en la oscuridad, como en los siglos de esclavitud. La miseria y las supersticiones parecen mirar con ojos de fantasmas, detrás de los muros ciegos. La pared desplomada de una casa vieja nos deja ver la habitación con algunos muebles. El temor, el espanto han estremecido entonces todo el arrabal. En aquella casa vivía una vieja y mala mujer, que tenía también fama de bruja. Una vez, dos chicos de una vecina jugaban bajo su ventana. La vieja los maldijo: «que mueran en aquel día mismo». La madre de los chicos le devolvió la maldición: «que muera la vieja antes de anochecer». En aquel momento, el muro de piedra se derrumbó sobre la bruja y los niños. Todos han muerto...

Vamos de prisa hacia el muelle. El escalofrío de la noche se confunde con el trágico estremecimiento de esta breve narración. Es una feria popular, las legumbres y frutas para la venta de la próxima mañana

están amontonadas sobre mesas, al descubierto, a lo largo de la calle. Ningún guardián a la vista. Sólo las lámparas eléctricas colgadas en lo alto... Me acuerdo de Tzepesh Voda, un cruel príncipe rumano, cuyo nombre indica su costumbre de empalar a los súbditos, y que se vanagloriaba de que puede dejar en la calle una bolsa con monedas de oro sin que nadie se atreva a tocarla... «Honradez mediante el terror». Tranquilidad y paz por el incesante control policíaco en las calles y domicilios, por la censura de la prensa, por la justicia militar, la «Corte marcial», etc. (Por aquel entonces Belgrado estaba bien custodiado, ya que también el dictador real se cuidaba a sí mismo (1)).

Nos detenemos un rato cerca del pontón de Saturnus. Mi camarada quiere mostrarme que en las oscuras profundidades del pueblo persisten las candelas de la fe. «Pueblo de porqueros» — como suelen llamar a los serbios algunos occidentales orgullosos, y hasta sus vecinos que olvidan demasiado pronto sus propias porquerías... Y Prokich me habla sobre los Nazarenos de Yugoslavia, cristianos convencidos de que la Iglesia se ha puesto al servicio del crimen desde que aceptó el compromiso entre la cruz y el sable. Son más numerosos de lo que se supone según sus procesos públicos. La justicia militar condena centenares de Nazarenos a tres, cinco o diez años de cárcel por su negativa de llevar las armas. Ya en 1924, unos dos mil campesinos entre 20 y 25 años, en mayoría serbios de Volvodina, rechazaron el servicio militar. Ellos obedecieron al mandamiento del Evangelio: «No jures por nada y nadie, ni siquiera por el cielo, pues allí está el trono del Señor». En agosto de 1928, trescientos hombres se negaron: diez años de cárcel a cada uno. Sin embargo, las autoridades se han visto obligadas a liberarlos, otorgando pasaportes a los que quisieron emigrar al Canadá o Argentina. Los verdugos saben que los mártires son mucho más peligrosos. En 1929, en Subotica, 88 Nazarenos, conducidos ante un batallón de soldados armados, se mantuvieron firmes pese a las exhortaciones y amenazas del comandante. Para estos creyentes, el presidio es más soportable que el aprendizaje de la matanza colectiva. Uno tras otro, contestaron con la misma palabra: ¡No!

Esta «resistencia pasiva» no es ya una mera actitud moral. Es una acción práctica, digna de ser considerada como fin por los que discuten interminablemente sobre el desarme, sentados cómodamente en las mesas diplomáticas. Para los honestos Nazarenos, para los Tolstoyanos, como para cualquier hombre de buena voluntad, la cuestión es límpida como la luz del día: poner de acuerdo el pensamiento con el hecho. Los que creen en el mandamiento de Jesús (lo mismo que en el de Buda y Moisés): «¡No matarás!» no encuentran otra solución: es el gesto elemental pero veraz de la negativa ante la incitación al homicidio. Este es el verdadero heroísmo que sufre persecuciones brutales, exasperadas, de los que proclaman el deber del ciudadano a obedecer los mandatos «legales». Pero, por encima de las leyes del Estado militarizado, existen las leyes no escritas, las verdades permanentes de la conciencia humana que, basada en la razón universalista o en el sentimiento de la divinidad, permanece fiel a los ideales de paz y fraternidad entre todos los individuos de una sociedad y todos los pueblos de la tierra.

(1) Lo que no impidió que el rey Alejandro fuese asesinado, en ocasión de su visita a Francia, en Marsella, junto con Barthou, el ministro francés de Relaciones Exteriores. Y después de los horribles años de la segunda guerra mundial, se ha constituido, en noviembre de 1945, la República Federativa Yugoslava, bajo el gobierno férreo del mariscal Tito.



Al embarcarme, el aduanero me devuelve el pasaporte. Gruñe soñoliento: soy el último de los que regresaron de la ciudad. Prokich y el colegial se alejan. Me hacen un signo de despedida: es también una señal de lucha... Durante algunas horas pude ver el rostro sombrío, de fuertes mandíbulas apretadas y ojos llenos de odio, de un Estado en la armadura del chauvinismo y de la dictadura. Pero he sentido también el latir del corazón que no acepta ya la esclavitud.

Como las luces de la ciudad, que contemplo nuevamente desde la cubierta, palpitan las conciencias libres de los visionarios, las almas de las multitudes populares que anhelan la unión fructífera, del trabajo y la fe. Los viajeros se han retirado a sus cuchetas. Algunos duermen bajo las estrellas, sobre los bancos, en la fresca brisa que viene río arriba. De una barcaza, al lado del barco, algunos jornaleros se empeñan en sacar el carbón menudo, casi pulverizado lo echan en carretillas que otros jornaleros medio desnudos empujan a toda prisa por los pasillos del barco, para vaciarlas en la cala, alimento para las máquinas cuyos corazones de acero, parados, están a la espera de una nueva partida...

PARENTESIS EN 1947.

Diecisiete años más tarde, tuve que aguardar otra partida en una ribera de este país. He salido de Rumania después de la segunda guerra mundial, en el tercer año del régimen totalitario — de la «liberación soviética», por supuesto — rumbo a Sudamérica. Pero en aquellos tiempos postbélicos, de ruinas, miserias y desórdenes ¿quién podía viajar directamente hacia su lejano destierro? Hasta París, pasando a través de las zonas de ocupación de varios ejércitos. Luego, un mes y más de trámites para conseguir otros documentos y pasajes en uno de los barcos *Liberty* que, después de cumplir su misión durante la guerra, fueron concedidos por los vencedores a las sociedades consagradas a la salvación de «personas desplazadas». Barcos de transporte militar, convertidos en barcos mercantes que abrigraban en sus camarotes un centenar de refugiados, exilados y emigrantes. Teníamos que embarcarnos, mi esposa y yo, en Venecia, lo que significaba entonces recorrer Francia de Norte a Sur, esperar algunos días más en Génova, y atravesar Italia hasta la fascista ciudad de las lagunas. Y cuando creíamos que nuestro *Liberty* iba a llevarnos por el Adriático alrededor de la larga península — lo que aconteció más tarde: Sicilia, escala en Cagliari (Cerdeña), Gibraltar, etc. — nos enteramos de que nos dirigíamos hacia el Este, y la mañana siguiente divisamos las cuevas pedregosas de Yugoslavia...

¡Me sentía de regreso, cerca de Rumania! Todo el viaje me pareció una farsa sinlestra. ¿Volver al punto de partida? El *Liberty*, empero, hizo alto en el pequeño puerto Semenico, para cargar una especie de blancas piedras de construcción: estaban ya amontonadas en el muelle y trenes llenos del mismo material llegaban del interior. Cinco o seis mil toneladas tenía que cargar nuestro barco, con sus propias grúas. El puerto, desprovisto de elevadores, estaba desierto: sólo los obreros, para cargas y descargar durante seis días y seis noches. Nadie podía subir, ningún viajero podía bajar para dar un paseo en esta ciudad de la República Federativa Yugoslava. Desde la cubierta, sólo podíamos contemplar el mismo paisaje, los techos bajos, uniformes, sin sospechar cómo viven, qué piensan y sienten los habitantes invisibles de este rincón que parecía no tener que mandar otro mensaje al mundo, salvo el estruendo de las piedras, vaciadas en la cala. Piedras destinadas a un país del otro lado del Atlántico, a cambio de pro-

ductos comestibles del Uruguay, país ganadero cuyo suelo es en gran parte rocoso, sin faltarle granitos y toda clase de mármoles. ¡Sólo le hacía falta esas piedras blancas, friables, para quién sabe qué mezcla de revoques o mosaicos!...

Estos son los secretos de los demiurgos que arreglan los «cambios económicos» entre países democráticos y totalitarios. Y cuando, inesperadamente, el *Liberty* zarpo de noche, sin poder engullir todos los montones de piedra que Yugoslavia ofrecía al Occidente con una especie de sardónica generosidad, sentimos todos — los viajeros y los tripulantes — el alivio de los que despiertan de un sueño lleno de pesadillas y vislumbren, entre los nubarrones de la opresión, los horizontes soleados de otras riberas, más hospitalarias...

FILM DANUBIANO.

...Pero cerremos este paréntesis y volvamos al antiguo itinerario y a nuestro «Danubio azul».

Me apresuré a subir al puente superior, en la hora matutina de la partida. Belgrado ya se quedó atrás, con sus colinas, despojado de la magia nocturna. Sus contornos son duros, como trazados sobre una lámpara de gres. El Kalemegdan muestra sólo algunos muros enmohecidos, orlados de copas de árboles. Una columna alta, como una chimenea de fábrica, sostiene en su vértice una estatua cuyo dinamismo me hace pensar que también ella es cincelada por Mestrovich, el émulo de Rodin. No quiero saber su significado oficial, histórico. Tal como aparece, silueta perfilada en fondo azul, la estatua es impresionante: un hombre desnudo, con el pecho henchido en su marcha de conquistador; el paso parece que va a pisar más adelante, en el vacío. La mano derecha indica, imperiosa, una meta por encima de la embocadura de los tres ríos reunidos. Más tarde ¡quién sabe cuándo! este hombre de piedra elevado sobre la fortaleza, tendrá para los viajeros danubianos su verdadero significado: el de la humanidad dueña de su destino, libre en su gesto creador, desnuda en su sinceridad, aunando el cielo y la tierra en su ímpetu de comunión universal.

El *Saturnus* describe una curva larga, cruzándose con las rápidas lanchas que llevan hacia la capital a los obreros, empleados y mercaderes de los alrededores. El Sava y Drava parecen desembazarse de los cañaverales y bosquecillos que quieren retenerlos con las raíces que avanzan en el agua, con las trenzas pendientes de los sauces.

Zemún. Muelle pintoresco, adornado, multicolor. Campanarios floridos. Como en juego de niños, los obreros descargan la arena de un calque, lo amontonan en la orilla, formando después pirámides truncadas, que alisan con el dorso de la pala. Más adelante, la ribera se vuelve arcillosa, alta y vertical como una muralla ciclópea profundamente estriada por las lluvias. Una gruta se hunde en el barro, cerca del río. Quizás los pastores que se hallan allí, abajo, con sus rebaños, se reúnen en esa caverna abierta casi al nivel de las olas, para quién sabe qué ritual ancestral.

El paisaje se ilumina. Cielo despejado. El sol parece más lejano, atenuado. Un velero de vez en cuando; barcas cargadas con arena, bolsas y junco cortado en estos pantanos cuyos senderos sólo conocen los cazadores y los bateleros solitarios. Ensueño matinal, en el silencio susurrante, con los ojos entrecerrados. El pensamiento es perezoso: se enrosca en su hoyo como una serpiente.

El segundo día de navegación. Los viajeros traicionan su aburrimiento en paseos elípticos o en pláticas lánguidas. Sólo un grupo de estudiantes llevan por todos los rincones del barco su pasión discursiva: siguen polemizando acerca de la «Revolución mundial»... Las horas se desenvuelven igual que las riberas paralelas, en mi

entorpecimiento raras veces despertado por nuevas imágenes.

Novi-Sad. Ciudad crecida rápidamente, en la fiebre de la postguerra. Casas blancas, encaramadas también sobre la antigua fortaleza. Extendida en ambas riberas, la ciudad está ligada por dos puentes bajo los cuales la chimenea del barco se inclina de repente, con un grito de sirena irritada... Bajo el sol que recupera su ardor de verano, me quedo dormido casi toda la tarde. Necesidad de vida vegetativa, en la cual se acumulan fuerzas nuevas para los empeños del mañana... El anochecer me ha tomado por sorpresa, en mi confuso fantasear. Dos gramófonos desparraman sus notas en el bramido de las hélices, en el fragor de las máquinas. Algunas parejas bailan en el salón, en los pasillos. La noche cae, pesada, más densa, más fría. Tengo a veces la sensación de andar rodando en un caos apenas iluminado por astros efímeros.

Vukovar. Luego, breve parada en Osijek-Almaj, para transbordar, desde el vaporcito que espera en una confluencia, algunos campesinos con sus alforjas, algunas señoras vestidas de pieles. Y avanzamos nuevamente en una región que parece deshecha, perdida en una red de islotes y pantanos, de matorrales y acequias, de sauces monstruosamente nudosos y cañaverales crujientes, todo en un remolino de tinieblas y reflejos lunares filtrados a través de las nubes. El río parece desprovisto de ondas, alisado como un piso resbaladizo.

Una hilera de pábilos. Molinos de agua: grandes cajones de madera sobre dos botes, con una ventanilla iluminada, detrás de la rueda verduzca, sin duda, y con mechones de hierbas. En cada molino — sobre el cual el reflector del barco nos descubre, por algunos instantes, el nombre del propietario, trazado en grandes letras de cal — vive una familia. Vigilia de noche. Una cabeza se muestra en la ventanilla: es el molinero o su mujer arrebujaada... Evoco esas moradas lacustres de los tiempos prehistóricos; persisten aún en nuestros días en algunos rincones africanos o polinesios. La nostalgia de una existencia primitiva, casi desnuda en la naturaleza pletórica de frutas, fieras y terrores, palpita en mí durante algunos minutos. Reminiscencias ancestrales, que me despiertan sin embargo — con iró-

nicas punzadas — de esta sumersión en pereza y ensueño... El barco lleva su pequeña colonia de civilizados que no renuncian a la embriaguez del siglo moderno: música, juegos de naipes, bailes, palabrerías y flirteos. Jóvenes se deslizan por los pasillos, buscan la sombra de un rincón propicio. Una rubia petulante coquetea al mismo tiempo con un griego, un búlgaro, un croata.

Los solitarios prefieren el latigazo del viento, en el puente superior. Siempre está allí, detrás del vidrio ancho, la silueta del timonero. A través de las rejillas de la claraboya se ven, en el fondo, las máquinas — presas en un jaula grasienta, como fantásticos bateleros de acero, decapitados, con los brazos relucientes en el ininterrumpido ritmo de tensión y aflojamiento — galeotes eléctricos, fieles a su esclavitud, para ofrecer al hombre las ilusiones de la libertad.

Bezdán. La última escala yugoeslava ha desaparecido en la noche, junto con los guardias fronterizos, recelosos por su profesión, que acompañaron el barco hasta el límite de su «soberanía». Cuando volví a mi camarote, he vislumbrado las bocas abrasadas de los hornos. Como un desmentido al hombre perfilado en el alto azul de la mañana, el conquistador colocado sobre la columna del Kalemezdan, he visto abajo a otro hombre. Desnudas las espaldas, encorvado, con reflejos de brasa y sudor, mostraba sus músculos y costillas en el ritmo del mismo gesto: hundía la pala en el montón de carbón que arrojaba luego con un golpe vigoroso en las entrañas siempre devoradoras. Y nuevamente tuve la amarga sensación de rodar en el caos, como en una danza embriagadora. Las victorias humanas no son más que una superposición de esclavitudes, ciegas o voluntarias, de sacrificios exasperados o de suicidios lentos, día tras día, noche tras noche, por el «derecho de vivir»...

En mi lecho duro, he esperado en vano el sueño. He sacado de mi valija los libros, las carpetas, las cartas. Y trabajé, como ayer, como siempre, y me di cuenta que el cansancio cerebral es también, a menudo, como un opio que abre las puertas del mundo ideal, en este mundo cercado por las fatalidades de la existencia y por las tragedias humanas.

Eugen RELGIS

Una sola cosa debemos a nuestros semejantes: la verdad.

—o—

No se cura el enfermo colocando bajo su almohada un libro de terapéutica o cirugía, sino propinándole drogas o ejecutándole operaciones quirúrgicas; no se escarmienta ni se corrige a un mal hombre público regalándole el «Espiritu de las leyes», sino haciéndole beber tinta saturada con hiel o clavándole la pluma unos cuantos milímetros más allá de la epidermis.

—o—

Déjese la bobería de llamar apóstoles o profetas a los escritores de buenos versos; pero no se olvide de que el poeta debe sintetizar las ideas analíticas de su época, sirviendo de intermediario entre el sabio abstruso y las multitudes incipientes.

—o—

Afanarse porque el hombre de hoy piense como el de ayer, vale tanto como trabajar por que el hombre de un cometa vibre como el parche de un tambor.

—o—

Las coqueterías y amaneramientos de lenguaje seducen a imaginaciones frívolas que se alucinan con victorias académicas y aplausos de corrillo; pero «no cuadran con los espíritus serios que se arrojan valerosamente a las luchas morales de su siglo» (Saint-René Taillandier). Para ejercer acción eficaz en el ánimo de sus contemporáneos, el escritor debe amalgamar la frescura juvenil del lenguaje y la sustancia medular del pensamiento. Sin naturalidad y sin claridad todas las perfecciones se amenguan, quedan eclipsadas. Si Herodoto hubiera escrito como Gracián, si Pindaro hubiera cantado como Góngora, ¿habrían sido escuchados y aplaudidos en los juegos olímpicos? Ahí están los grandes agitadores de conciencias en los siglos XVI y XVII, ahí está particularmente Voltaire con su prosa, natural como un movimiento respiratorio, clara como un alcohol rectificado.

GONZALEZ PRADA.

El placer de leer

EN EL MUNDO DE LOS LIBROS

«Ancien History of Western Asia, India and Creta» (Historia antigua del Medio Oriente, India y Creta) por Bedrich Hrozný. Hasta el siglo XIX la historia del Asia occidental estaba confinada a los relatos contenidos en el Antiguo Testamento y las obras de varios autores griegos, en particular en las de Herodoto, «el padre de la historia». Desde entonces, desde la pasada centuria, el campo de los conocimientos en este dominio se ha de tal manera extendido que ahora sabemos, gracias a los trabajos de los orientistas, que han existido, en los tiempos prehistóricos, naciones hasta entonces desconocidas, cuyo rol ha sido considerable en la evolución histórica del Oriente antiguo. Por eso desde hace una veintena de años la solución del problema de los hititas y de las lenguas que hablaban, han completamente transformado las antiguas concepciones relativas al antiguo Oriente y al Asia occidental. Esta notable historia del Asia occidental, India y Creta, pasea al lector por regiones que se consideran la cuna de la humanidad. Numerosas ilustraciones clarifican el texto, lo completan y nos hacen familiares los acontecimientos que se desarrollaron en ese suelo donde se erigieron, florecieron y se derrumbaron tantas civilizaciones sucesivas. Paralelamente a la parte histórica propiamente dicha, B. Hrozný se ha preocupado en descifrar las inscripciones proto-hindúes y resolver el misterio de la lengua cretense. ¿Lo ha logrado? Bosquejar una respuesta saldría de nuestra competencia. Sea como sea, la parte dedicada al problema de Creta y las ilustraciones que la acompañan son de un interés fascinante. He aquí una obra a recomendar a todos los estudiosos que se interesan por las cuestiones históricas. Editó H.W. Bijl's Artia, -Amsterdam (Holanda).

«La preuve par l'Etymologie» (La prueba por la etimología). Todos los que se interesan por la lingüística comparada, leerán con sumo placer este pequeño libro de Jean Paulhan. El autor es de la opinión que la etimología nada prueba: primero, en cuanto a la formación de las palabras, y segundo, en cuanto a la idea concreta que en nosotros despiertan. Hay que confesar con toda sinceridad que raramente se ha encontrado una explicación satisfactoria sobre la «motivación» de las palabras. Tomo por ejemplo la palabra CABALLO: en francés es CHEVAL, en alemán PFERD, en bámbara (Sudán) SO, en vasco ZALDIA, en el griego antiguo HIPPOS, en gudjarati GHODS, en letón ZIRGS, en malayo KUDA, en japonés UMA, en polaco KON, en turco AT, en wolof (Senegal) FAS, etc. ¿Por qué tal diferenciación etimológica? Se dirá, porque derivan de palabras antiguas. Pero, ¿cómo y por qué esas palabras antiguas,

tan lejos como uno pueda remontar en el decurso de la historia, han sido construidas para representar al animal de que se trata? Otra cosa: Desde hace un siglo se decía que el vocablo RELIGION salía de RELIGARE (unir, ligar), como Afrodita salía del seno de las ondas acuáticas. Sin embargo Cicerón, que sabía tanto de latinismo como nuestros latinistas profesionales, es de suponer, hacia venir RELIGION de RELIGIO (observar meticulosamente, respetar, venerar); no se trataba, pues, de una unión reuniendo a los hombres para ciertas prácticas, sino de una reverencia hacia la divinidad, de un cuidado extremo en el ejercicio del culto. En el lenguaje ordinario, «tener religión» significa en casi todo el mundo, ser piadoso, y «entrar en religión» dedicarse al servicio de la divinidad, y no estar unido o ligado a una misma fe, o a una comunidad profesando cierta creencia, etc. En fin, que el librito de Jean Paulhan, ilustrará ampliamente al efecto. Editó «Editions de Minuit», Paris.

«Proscripts to Posterity» (Proscritos de la posteridad). Se trata de una antología que contiene una buena parte de lo publicado en el semanario londinense anarquista «Freedom» (Libertad) durante el año 1952. Magnífica iniciativa prologada por Herbert Read, en la que hace saber la gran dificultad en hacerse oír dentro del «Humbung» actual. «Estoy muy incierto, escribe, sobre si sea lo que sea de nuestros esfuerzos en el dominio del arte, de la literatura y de la filosofía, podrá sobrevivir ante las catástrofes que nos amenazan». Editó Freedom Press, Londres.

«Ma tante chez les nudistes» (Mi tía entre los nudistas) de Kienné de Mongeot. Sana filosofía de la vida sensual y a la vez casta. Obra dedicada a «nuestras encantadoras amigas que saben: que la primavera es la estación de los sentimientos y de los juramentos; el verano la de las dulces pasiones; pero que demasiado a menudo ignoran que el otoño que dora las floraciones y platea los rubios o negros bucles, es la estación de los recuerdos, como la de la voluptuosidad dulce y calma». Citación a retener. Editó Vivre d'abord, Paris.

Las «Presses Universitaires de France» (Prensas universitarias de Francia) publican una magnífica colección de libritos titulada «Que sais-je?» (¿Qué sé?), pequeños volúmenes de 128 páginas, que hacen el punto de los conocimientos actuales. He aquí algunos de los últimos: «Les civilisations pre-colombiennes» por Henri Lehmann (en la que aprendemos que el caballo no era un animal desconocido

De él oí que conocía a mis padres y que sabía de mí que era anarquista bakuninista. Me contó luego la última novedad que había sabido unos días antes de su partida de Moscú: en el archivo secreto de los zares se había encontrado la «Confesión de M. A. Bakunín», escrita para Nicolás I en el ravelín de Alejó, poco después de su traslado de una fortaleza austriaca. Me comunicó su contenido: era de los primeros que la habían leído en Moscú.

Mientras tanto yo le hice observaciones corrigiendo o complementando su relato, de manera que, me preguntó cómo podía saber algo de eso y conocer el contenido, puesto que acababa de descubrirse y no existían comunicaciones con Moscú. «Lo último es exacto—dije—pero el contenido lo conozco por Bakunín mismo, que me lo comunicó muy detalladamente». En realidad, cuando leí después en Moscú el original escrito por Bakunín, me convencí de que en su relato no había silenciado nada y que lo había contado detalladamente todo, incluso la carta a Alejandro II (año 1857) (1).

En Moscú, en el encuentro con socialrevolucionarios conocidos, viejos y nuevos, con socialdemócratas bolchevistas y menchevistas, y con «amigos» de Bakunín en general, surgió de inmediato el asunto de la «Confesión», la caída injuriosa de Bakunín, etc., a pesar de que expliqué de que él escribió «Confesión» proponiéndose conscientemente inducir a error al zar, engañarle, que de ninguna manera podía hablarse siquiera de una «caída». No se atribuyó ninguna importancia a mis palabras, no se les dió crédito. Así fueron las cosas hasta que se encontró la carta de Bakunín (1854), escrita desde la fortaleza a su hermana Tatiana, y que le entregó en secreto con formidable riesgo. Esta carta fué escrita en una estrecha banda de papel y se conservó hasta la revolución en el archivo de la familia Bakunín. Allí la encontró el profesor Korniloff, que la encontró en ese archivo y la imprimió en su obra «Años de viaje de M. A. Bakunín» (aparecida en mayo de 1925). De la carta se deduce notoriamente que no puede hablarse de manera alguna de la «caída» de Bakunín. El conocido historiador marxista bolchevista V. P. Polonski adoptó igualmente esa actitud ante la «Confesión», después de haber visto esa carta (en la segunda edición de su «Biografía de Bakunín», 1925), pero antes de conocer esa carta habló de «caída».

Nicolás murió, la guerra terminó, el nuevo zar Alejandro II amnistió a los dekabristas, a los Petrashevzy (condenados de 1848), pero de Bakunín, contra toda esperanza, no se habló. A los esfuerzos de su madre, respondió el zar con una negativa decisiva.

Entonces comprendió Bakunín muy bien, según me dijo, que si a la sazón no podía salir de la fortaleza, su ruina era inevitable. Había que echar mano, pues, a los medios más decididos, y entonces escribió la conocida carta a Alejandro II, que debía privar al zar la posi-

bilidad de rechazar su petición (febrero de 1857). «Entonces—dijo Bakunín—estaba dominado por el deseo pasional de actividad revolucionaria, sentía en mí fuerzas enormes, estaba convencido de que podía hacer mucho; conocía muy bien a todos los elementos revolucionarios de Europa». Y consiguió el objetivo tan apasionada y tenazmente perseguido. Se le envió a Siberia. Allí organizó su vida y su comportamiento mostró la sinceridad y verdad de su «Confesión».

Es curioso que casi todos los que han escrito sobre la «caída» de Bakunín, sobre «el crepúsculo de su gran alma», etc., etc., después de la aparición de la carta a Tatiana, callaron y no consideraron posible y necesario, no sólo confesar el error, sino dar satisfacción al hombre injuriado. Lo han infamado, ultrajado y basta—la cosa ya está liquidada. En una palabra: le privaron de la posibilidad de demostrar que no era un «cualquiera», como uno de sus adversarios principales se expresó (si bien comprendo el texto ruso de esta frase).

Y para terminar, debo escribirle algunas palabras sobre el hecho de que el gobierno ruso de Alejandro II imprimió un folleto basado en la «Confesión», para matar moralmente a Bakunín. Eso tuvo lugar cuando organizaba en 1863 en Suecia, ayuda para los polacos insurrectos. El folleto no apareció; el mismo gobierno lo retiró, por causas desconocidas. Algunos amigos de Bakunín suponen por lo tanto que eso no se hizo sin intrigas de Bakunín; probablemente, dicen, consiguió de algún modo impedir la publicación del folleto. Para mí, esa circunstancia se explica más bien así: por la edición de tal folleto, el gobierno ruso habría dado la prueba de cómo se había engañado. Yo estaba muy próximo a Bakunín y éramos muy sinceros entre nosotros, pero no oí nunca ni vi el menor indicio de que hubiese temido la publicación de la «Confesión» (suposición fantasista expresada en 1926 en una revista, por el editor alemán de la «Confesión»). ¿Por qué habría debido temerla? ¿No había continuado siendo él mismo como antes de su prisión? ¿Cambió algo cuando escribió la «Confesión»? Los enemigos de Bakunín, lo encuentran culpable a todo precio y se imaginan para ello toda clase de pretextos. En ese dominio, son maestros los marxistas (3).

M. SASCHIN.

Moscú, 12 de mayo de 1926.

(1) Saschin cuenta luego cómo a consecuencia de ese encuentro con N., finalmente se le hizo posible partir para Moscú, lo que ocurrió en un tren especial, de carga y de pasajeros, que empleó para ese trayecto dos semanas y media.—M. N.

(2) Según el diario de Bakunín, Saschin llegó el 9 de diciembre procedente de Zurich y partió el 10 por la mañana para Ginebra, por el trayecto del Simplón; es probable que la conversación sobre el destino de Netschaeff, en la fortaleza rusa, pasara luego al recuerdo de Bakunín de sus años de fortaleza.

ANTOLOGIA LIBERTARIA

En el próximo número de «CENIT» empezaremos a publicar el primer volumen de una serie de Antologías libertarias.

Recopilación y síntesis del pensamiento de nuestros pensadores y de aquellos que, sin ser específicamente anarquistas, aportaron juicios llenos de lucidez sobre los grandes problemas de la humanidad.

Esta primera Antología estará compuesta por los siguientes escritos y autores:

«LA ANARQUIA Y LA IGLESIA», por Eliseo Reclus.

«EL PATRIOTISMO», por Miguel Bakunín.

«LA LEY Y LA AUTORIDAD», por Pedro Kropotkin.

«EDUCACION REVOLUCIONARIA», por Cristian Cornelissen.

Los estudiosos, los que deseen hacerse una cultura y conocer las páginas maestras de nuestros pensadores, deben leer y conservar estos folletos encuadernables de CENIT, con los que poco a poco conseguirán constituir una biblioteca selecta, síntesis del pensamiento libre del mundo moderno.

(3) M. P. Saschin (Arm. Ross), en esta fecha el compañero más viejo de Bakunin que aún está en vida, nacido en 1845, escribió esta carta, exposición cuyo conocimiento es de recomendar a los lectores y comentaristas críticos de la traducción alemana de la «Confesión» que apareció en 1926. (Y a todos los lectores de las diversas traducciones a diferentes idiomas.—V. M.) La vida pública de Saschin, que comenzó en 1862, primero socialista, después anarquista, interrumpida en 1876 por muchos años de prisión y de destierro siberiano, puede conocerse, entre otras fuentes, por sus «Recuerdos de los años 1860-90» (en ruso, Moscú, 1925, 143 páginas).—M. N.

Esta carta fué enviada a Nettlau junto a una copia de un retrato juvenil de Bakunin que, en la mano tiene un papel, en el cual Bakunin escribió: «Sólo se merece la libertad y la vida, cuando se las conquista cada día». (Del «Fausto II».) Consúltese aún de Max Nettlau: «Nuevas investigaciones rusas sobre la vida de M. Bakunin». (Suplemento semanal de «La Protesta» bonaerense, números 239 y 250, 6 y 20 de septiembre de 1926. La última edición de la «Confesión» apareció en Santiago de Chile, con el título «Mi vida» (1940). Editada por «Ercilla», tiene 186 páginas, y 85 anotaciones de Max Nettlau.—V. M.

EFEMERIDES DE LA VIDA DE BAKUNIN

1814, 30 de mayo. Nació en la posesión que sus padres tenían en Premuchino. Allí creció (en la Rusia central, al nordeste de Moscú).

1828, diciembre. Se le envió a Petersburgo (1), a la escuela militar de artillería. En enero de 1833 se le nombra oficial. A comienzos de 1834 es enviado a Rusia Blanca. Un mes después a Lituania. En 1835 está destacado en Tver, luego en Premuchino. Abandona el servicio a fines de 1835.

1835-1840. Se interesa por la filosofía. Fichte, Hegel, Stankevitsch, Belinski, luego Herzen y Ogareff. Era su objetivo los estudios filosóficos y una cátedra. En esa época se le encuentra en Moscú, Petersburgo y Premuchino.

1840. Julio. De Petersburgo se traslada a Berlín. Estudia año y medio filosofía en Berlín hasta el verano de 1841-42.

1842. Primavera. Estaba en Dresde y era entonces un hegelianista radical. Hace amistad con Arnold Ruge. En octubre de ese año publica un artículo revolucionario en los «Deutschen Jahrbücher». Es desde entonces un revolucionario filosófico, político y social.

1843. Enero. Se va con Herwegh a Zurich. En el mismo año va a Berna, Ginebra y Lyon.

1844. Febrero. Desobedece la orden de regreso a Rusia y parte para Bruselas, en donde hace amistad con Joachim Lelewel. A mediados del año viaja a París y conoce allí a Marx y al círculo de los Vorwaerts, a Ruge, Herwegh y otros.

1845. Después de ser condenado a destierro perpetuo a Siberia y de haberle confiscado sus bienes en Rusia, pronuncia su primera protesta pública contra Rusia en «La Reforme» (25 de enero).

1845-1847. En París. Conoce a Proudhon, Karl Vogt. Polonia: conoce a Herzen, Belinski, etc.

1847, 29 de noviembre. Su discurso a los polacos da origen a que se le expulse de Francia. En Bruselas se ve de nuevo con Marx. Conviene con muchos polacos y en febrero de 1848 lanza su segundo discurso a los polacos.

1848. De nuevo en París después de la revolución de febrero. A comienzos de abril se le encuentra en Frankfurt y en Koln (Colonia) en donde rompe con Marx. De nuevo en Berlín, de donde pasa a conspirar con los polacos de Breslau (Cracovia). De mayo a junio en Praga; allí asiste al Congreso eslavo y toma parte en la semana revolucionaria de pentecostés. Vuelve a Breslau; retorna a Berlín, desde donde se le expulsa en otoño (expulsión para toda Prusia). Se refugia en Kœt-

INDICE

«MIGUEL BAKUNIN», biografía escrita por James Guillaume	3
«HISTORIA DE UNA BIOGRAFIA DE MIGUEL BAKUNIN», por Rudolf Rocker	27
La «CONFESION», DE MIGUEL BAKUNIN, por M. Saschin	32
«EFEMERIDES DE LA VIDA DE BAKUNIN», por M. Nettlau	36
«ESCRITOS PRINCIPALES DE BAKUNIN», por Max Nettlau	39
Diversas llamadas y notas, a cargo del traductor y recopilador, V. Muñoz.	

go, con ayuda de las noticias diarias de 1871, 1872 y algunos meses de 1874, puede reconocerse la magnitud de lo extraviado.

MAX NETTLAU.

(1) *Contra las afirmaciones imaginativas de Fieurbach principalmente («La esencia del Cristianismo»), tratando de personalizar al hipotético Cristo, secundado en parte por los escritos neo-teológicos de Bauer y Strauss, concibió Stirner su libro «Der Einzige und Sein Eigentum» («El Único y su Propiedad»), como lo reconoce el mismo Nettlau, y que cuadra con la idiosincrasia revolucionaria de Bakunin.* (V.M.)

(2) «Werke» («Obras completas»). en Alemán. (V.M.)

(3) *Publicada en forma de libro, por primera vez en España en la Editorial Sempere de Valencia. (Últimos del siglo décimonono o principios del siglo vigésimo).* V. M.

(4) «Œuvres» («Obras completas»). En francés. V. M.

(5) Nettlau no cita número ni año. V. M.

(6) *Ha sido publicada ulteriormente: «Estatismo y Anarquía», volumen V de las «Obras completas de Miguel Bakunin», prólogo (páginas V a la LXII) y postscriptum al prólogo (páginas 213 a la 216) de Max Nettlau. Texto de Bakunin, desde la página 65 hasta la 311. Editorial «La Protesta». Buenos Aires 1929. V. M.*

(7) *Se trata de la biografía de Max Nettlau sobre Bakunin.* V. M.

chen, Amhalt. Luego en Leipzig, donde contacta intimamente con el Comité Central Democrático (2). Prepara una revolución que debe tener lugar en Bohemia.

1849. Primeros meses. Se traslada a Dresde. Viaja secretamente a Praga. Al estallar la revolución de mayo en Dresde, vuelve a esta ciudad. Participa intensamente en el núcleo más íntimo del movimiento. El 10 de mayo, durante la noche, se le hace prisionero en Chemnitz.

1849. Mayo a junio de 1850. Estaba encarcelado en la prisión de Dresde y en la fortaleza de Koenigstein. Se le procesa, condenándole a muerte. Extradición a Austria.

1850. Junio, hasta mediados de 1851. Encarcelado en Praga y Olmütz. Se le procesa y también lo condenan a muerte. Extradición a Rusia.

1851-1854. En la fortaleza de Pedro y Pablo, en Petersburgo, luego hasta marzo de 1857 en la fortaleza de Schlüsselburg. Deportación a Siberia occidental, a Tomsk. Se casa con Antonia Kviatkowska en Tomsk.

1859. Marzo. Lo confinan en la Siberia Oriental, en Irkutsk. Viaja por dicha Siberia.

1861. 17 de junio. Comienza la fuga de Irkutsk hacia el mar del Japón. Pasa al Japón. Atraviesa Norteamérica y llega a Londres, el 27 de diciembre.

1862. En Londres. Allí conecta con Herzen y Ogareff. Preparan movimientos rusos y la insurrección polaca. Viaja a París.

1863. Fines de febrero. Por Hamburgo y Copenhague, se traslada a Suecia, en donde generalmente se encuentra en Estocolmo. En el otoño vuelve a Londres, Bruselas, París; retorna a Suecia y por el norte de Italia, pasa a Florencia en los primeros meses de 1864.

1864. En Florencia. Comienzos de la Sociedad Secreta Internacional. Viaja a Suecia en el verano. En el otoño tiene el último encuentro con Marx en Londres. Luego va a Bruselas. De nuevo en París, ve por última vez a Proudhon. Luego regresa a Florencia.

1865. En Florencia. En el verano va a Sorrento y en el otoño a Nápoles.

1866. Hasta agosto de 1867. En Nápoles y sus alrededores, por donde expande la Sociedad Secreta y los núcleos social libertarios locales.

1867. Septiembre. En el Congreso de la Paz de Ginebra. Vive en Ginebra y en los alrededores de Clarens y de Vevey hasta el otoño de 1868. Viajes a Berna, al Comité Central de la Liga por la Paz y la Libertad.

1868. Julio. Ingresa en la sección central de la Internacional de Ginebra. A fines de septiembre asiste al Congreso por la Paz y la Libertad, que tiene lugar en Berlín. Funda la Alianza pública y secreta.

1868. Otoño hasta el otoño de 1869. En Ginebra, en donde activa en la Internacional ginebrina, en la sección local de la Alianza del Jura, en Ginebra con Netschaeef; labor para Italia, España y el sur de Francia.

1869. Septiembre. Asiste al Congreso de la Internacional en Basilea.
1869. Desde el fin de otoño hasta julio de 1870. En Locarno.
1870. Desde los primeros meses hasta julio. Viaja varias veces a Ginebra por asuntos rusos.
1870. Mediados de septiembre hasta fines de octubre. Viaja con propósitos revolucionarios a Lyon. Activa en el movimiento lyonnés del 29 de septiembre y pasa a Marsella.
1871. En la primavera. Pequeños viajes a Milán y Florencia.
1871. De abril a fines de mayo. Viaja al Jura durante la Comuna.
1871. Agosto. Comienza la protesta contra Mazzini e inmensas relaciones italianas, que persisten hasta agosto de 1874.
1872. Primavera. Comienzo de las íntimas relaciones con un grupo de Zurich, luego con Carlos Cafiero (mayo-junio).
1872. 4 de junio al 11 octubre. En Zurich. Viaja al Jura y a Ginebra. Trato intenso con jóvenes estudiantes rusos y serbios.
1872. Septiembre. La reunión de Zurich para la reconstrucción de la Alianza de los socialistas revolucionarios. Asiste al Congreso del Jura y al Congreso Internacional de Saint-Imier (Jura bearnés).
1872. De octubre a agosto de 1873. En Locarno desde el 22 de octubre. Se propone viajar a Barcelona, pero no le es posible, en julio de 1873. Adquiere la Baronata, en base a convenios con Cafiero, en el verano de 1873. Se encuentra con delegados del Congreso Internacional en Ginebra. Se retira del movimiento público.
1873. Desde fines de octubre al 27 de julio de 1874. Vive en la Baronata (Locarno). Crisis de esa empresa y ruptura con Cafiero, en julio de 1874. Desde diciembre de 1873 hace preparativos conspirativos italianos para el próximo verano.
1874. 30 de julio al 1.º de agosto. Residencia revolucionaria en Bolonia. Fracasa el movimiento fraguado para la noche del 8 agosto (Prati di Caprara).
1874. 14 al 26 de agosto. Se encontraba en Splügen, más tarde, generalmente, en Sierre (Valais). Hasta el 27 de septiembre en Neuchâtel (penosas discusiones) y, el 25 de septiembre, ruptura mortificante de los compañeros que más intimaban con Bakunín. Del 26 de septiembre al 5 de octubre, se encuentra en Berna, con sus viejos amigos privados. El 7 de octubre regresa hacia su familia de Lugano.
1874. Octubre hasta el primer trimestre de 1876. En Lugano. Grave enfermedad lo lleva a Berna.
1876. 14 de junio. Se encontraba en un sanatorio de enfermos, donde muere el 1 de julio.

MAX NETTLAU.

(1) *Petesburgo, Petrogrado y actualmente Leningrado, la gran ciudad rusa del Báltico, limítrofe a Finlandia y frente a la isla de Kronstadt.*—V. M.

(2) *El término «democrático» ha degenerado, como se conoce, en nuestros gregarios tiempos.*—V. M.

noviembre a diciembre de 1872, en «*Ceuvres IV*», 1910, páginas 397-510.

—«*Gosudarstvennost I Anarchija*» (Estatismo y Anarquía), introducción, primera parte, 1873 en Zurich y Ginebra, 308 páginas con 24 páginas de apéndice, de ellas las páginas 1-22, sobre los medios y fines del movimiento ruso de entonces. Traducción española, no publicada todavía (6), «*Obras completas*», Buenos Aires, tomo V.

—«Para la evolución histórica de la Internacional», en ruso, Zurich 1873, 375 páginas, escribió Bakunín el capítulo sobre «El Socialismo en Bélgica», y participó en la revisión y elección de los textos, como así en las traducciones; lo mismo que en la producción de «La Anarquía según Proudhon», Londres 1874, cuyo autor fué James Guillaume; la parte de Bakunín no puede determinarse.

—«*Kuda Idte...*» (¿A dónde ir y qué hacer?), fragmento ruso del verano de 1873, publicado por primera vez en 1923.

—Cartas al «*Journal de Genève*», 25 de septiembre de 1873, y al «*Bulletin*» de la Federación del Jura, 12 de octubre de 1873; reproducidas en alemán, en «*Werke III*», páginas 261-267.

—Bakunín tomó una activa participación en la redacción de importantes resoluciones de congresos, especialmente de los Congresos de Saint-Imier, septiembre de 1872, y de Bolonia, marzo de 1873 («*Werke III*», páginas 251 a 260), luego también en los manifiestos preparatorios del movimiento italiano en 1874, redactados en su última forma por Costa, y editados por el «Comitato Italiano per la Rivoluzione Sociale», enero y marzo de 1874; tal vez, su participación en el tercer manifiesto es mayor aún (agosto de 1874).

—Una «*Mémoire Justificative*», escrita a fines de julio de 1874 en Splügen, ha sido citada en siete pasajes de mi biografía (1898-1900), en su contenido esencial (7); algunos pasajes están en «*Werke III*», páginas 267-270. De los últimos años de su vida no se conocen más que algunos pequeños manuscritos resumidos en el capítulo 70 de mi biografía.

Esta lista no aspira de ningún modo a ser completa; por otra parte, algunas contribuciones periodísticas de Bakunín, y otras, me han sido inaccesibles hasta ahora o pueden ser desconocidas.

Bakunín fué desde su juventud un esmerado cultivador del sistema epistolar, y empleó más tarde sus cartas en grado no ordinario, para la expansión y profundización de su esfera de acción. Los grupos de cartas más importantes son la correspondencia de la juventud con sus hermanas y su círculo, con Stankevitch y Belinsky, luego con Herzen, con Herwegh, desde la fortaleza de Königstein con Reichel y su hermana; con diversas personas en Rusia europea desde Siberia y desde Londres con algunos polacos. Luego se presentan grandes lagunas, habiéndose perdido casi completamente la correspondencia sueca e italiana, y después la española y la francesa, también la del Jura suizo, quedando reducidos a pequeños grupos de cartas casualmente conservados, que contienen bastantes cosas interesantes, pero que sin embar-

de 1871; primeramente en la ya mencionada revista, marzo-abril 1895; luego en «Œuvres V», 1911; «Werke II», páginas 236-266 y «Obras completas II», 1925, páginas 243-287.

—«Protestation de l'Alliance», carta a la sección de la Alianza de Ginebra e «Informe sobre la Alianza», en «Œuvres VI», 1913; «Werke», páginas 129-255, con un apéndice de cartas, páginas 226-233.

—Respuesta de un internacionalista a Mazzini, en «La Liberté», de Bruselas, 18 y 19 de agosto de 1871; también en folleto italiano (Milán, agosto de 1871).

—«La teología política de Mazzini» y «La Asociación Internacional de los Trabajadores», en francés, Neuchatel, diciembre de 1871, 111 páginas. Además de esos dos folletos, existe una carta al periódico de Milán, traducida en «Œuvres VI», páginas 289 a 302, y una serie de viantes inéditas y de esbozos para la continuación, alcanzando hasta enero de 1872.

—«Agli operai delegati al Congreso de Roma», firmado «Un gruppo d'Internazionalisti» (Nápoles 1871, 15 páginas), es una parte de un manuscrito enviado a Italia en octubre de 1871, que fué publicado en italiano en 1885 y se volvió a traducir en francés de ese texto para «Œuvres VI», páginas 313-422.

—«Carta a Celso Cerretti», sobre la muerte de Mazzini, escrita en marzo de 1872 y publicada en febrero de 1896 por la «Société Nouvelle», páginas 175-199. Cartas enviadas de Italia sobre asuntos de la Internacional se encuentran en «Werke III», páginas 170-216; manuscritos inéditos destinados a la «Gazzettina Rossa» (Milán) y el «Proletario» (Turín), etc.

—«Carta a los compañeros de la Federación de las secciones internacionales en el Jura», manuscrito inédito, febrero de 1872; esbozos de cartas a Morago (Madrid) y a los Aliados de España, mayo-junio 1872, en «Werke III»; esbozos inéditos, primavera de 1872, y «Carta sobre la circular del Consejo general de Londres» en el «Bulletin» de la Federación del Jura, 13 de junio de 1872, en «Werke III», páginas 217-220.

—«Programa de la Sección eslava de Zurich», en ruso, impreso en «Estatismo y Anarquía», se encuentra en el suplemento semanal de «La Protesta» (5).

—«Un programa socialista polaco». Se publicó en una página de periódico desconocido, en Zurich; el 27 de julio de 1872, en el «Bulletin» del Jura; las últimas discusiones con los polacos, fueron publicadas en «Pisma», 1896, páginas 332-340.

—«A la Redacción de La Liberté», de Bruselas, sobre el Congreso de La Haya, manuscrito, octubre de 1872, publicado primero en «La Société Nouvelle», julio a agosto de 1894; luego en «Werke III», páginas 221-250.

—«Manuscrito de una continuación del imperio Knuto-germánico»,

ESCRITOS PRINCIPALES DE BAKUNIN

Traducciones de Fichte, «Ueber der Restimmung der Gelehrten» (1836); de Hegel, «Discursos gimnasiales», con introducción de Bakunin (1838); artículo «Sobre filosofía» (1840) en ruso, en periódicos de Moscú y de Petesburgo.

—Artículo «La reacción en Alemania», en los «Deutsche Jahrbucher» (Leipzig, 1842); dos artículos alemanes y carta a Ruge en dos publicaciones y en los «Deutsch-Franzosischen Jahrbuchern» (París, 1844).

—Cartas relativas a Rusia en «La Réforme» de París (27 de enero de 1845) y en «Le Constitutionnel» (10 de marzo de 1846).

—Trabajos que permanecieron inéditos desde 1844 a 1847 sobre la filosofía de Ludwig Feuerbach (1), sobre «Polonia y Rusia», etc., se han perdido.

—El «Discurso a los polacos» del 29 de noviembre de 1847 (París, varias veces reimpreso y traducido; el «Discurso a los polacos» escrito en Bruselas, 14 de febrero de 1848, no se ha conservado.

—Carta a «La Réforme» (París, 13 de marzo de 1848).

—Esbozos para el Congreso eslavo de Praga, 1848, de los que sólo se conocen los «Fundamentos de la nueva política eslava», en el texto principal.

—«Manifiesto a los eslavos» (Koethgen, 1848, 35 páginas).

—«Escrito de defensa» (1850, se encuentra en las actas del proceso sajón). Todavía inédito.

—La «Memoria autobiográfica», conocida con el nombre de «Ispoved» («Confesión»), para el emperador Nicolás II, en ruso. Impresa por vez primera en Moscú («Materialy» de V. Polonsky).

—«A los amigos rusos, polacos y a todos los amigos eslavos», en ruso (suplemento de «Kolokol», 15 de febrero de 1862).

—«La causa del Pueblo: ¿Romanoff, Pugatscheff o Pestel?», en ruso (Londres 1862, 48 páginas).

—«El Comité Central de Varsovia y el Comité militar ruso. Respuesta al general Mieroslawsky», en francés (Londres, en un periódico, 3 de enero de 1863. En folleto, 1863, 24 páginas).

—«Discurso de Bakunin en el banquete de Estocolmo», en francés, en «La Cloche» (Bruselas, 10 de julio de 1863).

—«El Zarismo y la joven Rusia», en sueco, en «Aftonbladet» (Estocolmo, 12, 15 y 20 de mayo de 1863).

—Un manuscrito que reunía sus ideas, dirigido a la masonería italiana (1865) se ha perdido, exceptuando algunos fragmentos. «Principios y organización de la sociedad internacional revolucionaria», en francés (primeros meses de 1866), en alemán, en «Werke» (2), III, 1924, páginas 6-61. «Programa de la revolución democrática y social italiana», en italiano, tres páginas. «Sociedad de los Legionarios de la Revolución Italiana» y «Estatutos», en italiano, 14 páginas. «La situazione italiana», octubre de 1866, dos páginas, en folio. Algunas publicaciones de la Sociedad «Liberta e Giustizia», Nápoles, 1866-67, se basan en las ideas de Bakunin, que en el periódico «Liberta e Giustizia» escribió sobre el paneslavismo, en el otoño de 1867.

—«Discurso en el Congreso de la Paz de Ginebra, septiembre de 1867, en texto posterior en los «Annales» del congreso, en francés, 1868.

—Proposición mitivada... impresa con el título de «Federalismo, Socialismo, Antiteologismo» (3), en francés, últimos meses de 1867. Luego en «Œuvres» (4), París 1895. En «Obras completas», Buenos Aires, tomo III.

—Carta a «La Democratie», en francés, París, abril de 1868, 18 págs.

—Dos artículos en «Narodne Delo», en ruso, Ginebra, septiembre de 1868.

—«Cuatro discursos», en el Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad en Berna, septiembre de 1868. Los tres primeros aparecieron en la edición francesa de «Kolokol», Ginebra, 1 de septiembre de 1868. El cuarto se imprimió como «Discursos en el Congreso de Berna de 1868, pronunciados por los señores Mioczkowsky y Bakunin» (Ginebra 1869, 23 páginas).

—«Programa y Estatutos de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista», en francés, Ginebra, otoño de 1868. En alemán, «Werke II», 1923, páginas 180-181.

—«Programme et objet révolutionnaire. Organisation secrète. Organisation financière» (un escrito clandestino de Ginebra, 1868, cuatro páginas). Antes y simultáneamente existe un gran número de esbozos de programa y estatutos de la sociedad secreta de Bakunin, de los cuales se publicaron la mayoría, resumido o comentado en 1873, 1899, 1914, 1923 y 1924: ver «Werke III», 1924, páginas 63-66, 79-92 y cartas de Bakunin sobre ese asunto (páginas 121, 170-171, 176. Además la exposición de Bakunin «La Alianza Internacional de los Socialistas Revolucionarios», en ruso, 873, y un folleto que reproduce a esta última, sin aprobación, pues está desprovisto de sus bases de organización del programa de Bakunin («A los revolucionarios rusos», en ruso, Ginebra, 1 septiembre de 1873, 14 páginas). Véanse también las listas cifradas, impresas también en 1872, por parte adversaria.

—«La situazione», en italiano (Ginebra, a fines de otoño de 1868, cuatro páginas).

—«Proyecto de una Federación de las secciones latinas de Suiza», esbozo que fundamenta el texto enmendado del Congreso constitutivo de Ginebra; «Estatutos para la Federación de las secciones latinas

aprobados por el Congreso latino», en francés, 2 y 4 de enero de 1869, en Ginebra. (Tan bien impreso en los carnets de miembros.)

—Artículo en el número de prueba de «L'Egalité», Ginebra, 19 de diciembre de 1868, y una serie de artículos en «L'Egalité», en francés, 1869; en alemán, en «Werke II», 1923, páginas 33-128.

—Serie de artículos sobre «La historia de la burguesía y el origen del patriotismo» en «Le Progrès», en francés, Locle 1869; en «Werke II», 1923, páginas 9-32.

—«Algunas palabras a los jóvenes hermanos de Rusia», en ruso, Ginebra, mayo de 1869; en francés, Bruselas 1869, ocho páginas.

—Discursos en el Congreso de Basilea de la Internacional, septiembre de 1869, conservados resumidos en los folletos protocolares.

—Carta a «Le Réveil», de París, octubre de 1869; manuscrito inédito en «Œuvres V», 1911. En alemán, «Werke III», páginas 126-154.

—«A los oficiales del ejército ruso», en ruso, Ginebra, enero de 1870, 39 páginas.

—«A los osos de Berna y el oso de San Petesburgo», en francés, Neuchatel 1870, 45 páginas.

—«Carta a la Marseillaise» de París, sobre la muerte de Alejandro Herzen. Otra carta a W. Liebknecht sobre «El movimiento revolucionario en Rusia», en «Volkstaat» (manuscrito), Leipzig. Otro manuscrito es «Las intrigas del señor Utin», en ruso (impreso en 1925, en «Programa de un periódico ruso» en una carta a Lavrof, el 15 de julio de 1870), y otros.

—«Cartas a un francés sobre la crisis actual», en francés, Neuchatel 1870, 43 páginas.

—«El imperio Knuto-germánico y la revolución social. Primera parte», en francés, Ginebra, mayo de 1871, 119 páginas. Estos dos folletos son las dos partes impresas entonces, de un vasto manuscrito escrito desde agosto de 1870 a abril de 1871, del que se publicó primeramente «Dieu et l'Etat» (Dios y el Estado), en Ginebra, 1882, 99 páginas; luego las partes últimamente escritas: «Œuvres V», páginas 287-455. En alemán, en particular en «Werke I», 1921. En español, en «Obras completas», tomos I, II, III y IV. Un número de variantes quedan aún inéditas.

—«Preámbulo para la segunda entrega del imperio Knuto-germánico», parcialmente sobre la Comuna de París, junio de 1871, publicado por primera vez en 1878 («Œuvres IV», «Werke II», «Obras Completas II» de Buenos Aires, páginas 183-204).

—«Advertencia para el imperio Knuto-germánico», junio-julio de 1871 («Œuvres IV», «Werke II», «Obras completas II»).

—«El principio del Estado», manuscrito francés sin fecha de aquel tiempo (en la «Société Nouvelle», de Bruselas, noviembre de 1896, páginas 577-595, y en «Obras completas IV»).

—«Historia de mi vida», en francés, sólo llega hasta 1828, sin fecha, en «La Société Nouvelle», septiembre de 1896, páginas 310-313, 317-324.

—«Tres conferencias a los obreros del Valle de Saint-Imier», mayo

CRONICA CIENTIFICA

LA ASTRONOMIA AL DIA

UNA reciente crónica de divulgación científica hablaba de estrellas de varias puntas observadas en el estudio de los rayos cósmicos y muchos lectores habrán comprendido perfectamente lo que con esto se significaba, aunque es muy probable que la mayoría, desconociendo o habiendo olvidado lo que esto quiere decir, hayan comprendido sólo a medias el sentido de la interesante nota.

En la 5.ª acepción que el diccionario da a la palabra «estrella», dice: «objeto con forma de estrella, ya con rayos que parten de un centro común, ya con un círculo rodeado de puntas». Aquí corresponde la primera definición, la de rayos—no puntas—, saliendo de un punto común y el objeto es... una fotografía, la de la trayectoria seguida por partículas originadas en una explosión nuclear producida dentro de la placa fotográfica.

Uno de los fenómenos que más interesó en el estudio de los rayos cósmicos, es el de que se presentaran como perdigonadas de una escopeta. Colocando varios detectores más o menos próximos, lo normal es que varios de ellos acusen al mismo tiempo el paso de un

rayo, y el estudio del fenómeno hizo comprender que esto no sucede porque lleguen a nuestro planeta en andanadas, sino que una sola partícula de las que forman la radiación cósmica, al chocar con un átomo de la atmósfera, produce una explosión de la que nacen varias partículas que, a su vez, pueden repetir lo mismo con otros átomos del aire, y así mientras conserven energía suficiente.

De ahí el gran interés en escalar las capas más altas de la atmósfera con globos sonda y con cohetes, a fin de atrapar los rayos cósmicos «primarios», esto es, las partículas viajeras, antes de haber sufrido ningún choque.

El gran instrumento para este trabajo es la placa fotográfica, y en un principio se emplearon las corrientes, con entre un 10 y un 20 por ciento de bromuro de plata emulsionando en gelatina; pero después vinieron placas especiales, muy sensibles a las radiaciones corpusculares, con aproximadamente un 80 por ciento de bromuro de plata.

La radiación cósmica atraviesa la placa, siendo notables los efectos cuando choca con los átomos que allí encuentra en su camino, y se comprende la uti-

en Indoamérica); «Les papes de la Renaissance» (Los papas del renacimiento), de 1447 a 1527 (Nicolás V, Sixto IV, Alejandro VI, Julio II y León X) por Henri Marc-Bonnet; «Les sensations de l'animal», cuya prudente introducción de su autor, Ernest Baumgardt, hace comprender la concepción del librito. Editados por Presses Universitaires de France, París.

«Retour aux chefs-d'œuvre» (Retorno a las obras maestras) exclama su autor, León Emery, pacifista de siempre, pero ¡qué obras maestras!: la «Iliada», la «Orestia», el «Bhagavad-Gita», el cuarto evangelio y el Apocalipsis, la catedral de Chartres, «La divina comedia», «Hamlet y la tempestad», «Don Quijote», «El misántropo», «La Biblia de Rembrandt», «Fausto», «La Novena Sinfonía», «La leyenda de los siglos», «La guerra y la paz». En su conclusión que se reclama del verso bien conocido de Goethe: «En todas las cúspides reina la paz», el autor nos aconseja de no dejarnos engañar por las fluctuaciones de la moda y aun menos por las risibles tentaciones de las gentes de letras, que pasan su tiempo a hacer y deshacer reputaciones, como si las más altas dependiesen de sus caprichos... «Nada es más vano y más nefasto que el esfuerzo de la crítica erudita para reencontrar a los genios «en su exacta biografía».

Finalmente, el autor deplora la «desgraciada miopía», el «restringido positivismo», condenando la «esterilidad de nuestros pretensiosos compiladores de archivos». Interesante volumen al que le falta una tabla de materias y un índice de los nombres citados. Editó «Les Cahiers libres», Lyon, Francia.

«Le Jeu du Rossignol» (El juego del ruiseñor) de la poetisa Andrée G. Berry. Irse por los caminos de la vida con mucha ternura y gratificado por el amigo al que se ama y que nos ama, adorando la luz, es hacer escala hacia lo infatigable. Poesías cinceladas como maravillosos joyeles, frutos aromáticos que causan alegría en quien las lee. Editó Debrasse, París.

Algunas revistas que pueden leerse en Francia, por contener valiosos trabajos: «La Nouvelle Revue Française», «Preuves», «Problèmes de l'Art Contemporain», «Quo Vadis», «Marginales», «L'Age Nouveau», «Vivre d'Abord», «La Vie au Soleil», «Naturisme», «Bionaturisme», «Vie Libre», «Via Naturiste», «Revitalisation», «Adil», «Tramontaine», «Marsyas», etc., entre las publicaciones que no son libertarias.

LECTOR

lidad de que la película de gelatina sensibilizada sea lo más gruesa posible, porque así puede seguirse las trayectorias durante un recorrido mayor. Por eso se usaron dos placas reunidas con la gelatina de ambas tocándose; pero desde hace algunos años se hacen películas de gelatina sensible sin soporte, de alrededor de medio milímetro de grosor, que pueden juntarse en cantidad ilimitada y hasta un grosor de varias decenas de centímetros que permiten seguir una gran longitud de recorrido. Nada diremos de las dificultades de revelar todas estas películas y juntar las informaciones de cada una para estudiar el recorrido total.

En la llamada «cámara de Wilson» trazos de vapor condensado marcan en una atmósfera sobresaturada de humedad las desintegraciones y recorridos de partículas atómicas, cuyo estudio se facilita desviándolas con fuerzas electromagnéticas, y estos trabajos llevaron a conclusiones que contribuyeron a la interpretación de las placas impresionadas por rayos cósmicos. Estos resultan ser de la misma naturaleza que la materia existente en el mundo; pero animada de velocidades enormes; son formidables elementos cósmicos que están dando valiosísima información sobre los mesones, esos integrantes de núcleos atómicos cuyo estudio es un capítulo apasionante de la Física moderna.

Cuando se habla del poder de un telescopio lo primero en que el público en general piensa es el aumento, en cuántas veces más grande de su tamaño aparente puede mostrarnos un objeto celeste; pero esto, «en sí», no tiene importancia: para escudriñar las lejanías con los más poderosos instrumentos, el astrónomo no mira, sino que saca fotografías que luego puede ampliar todas las veces que quiera; pero falta que ese aumento sea útil, que revele más detalles, y todos sabemos que, ampliando un negativo fotográfico cualquiera, llega el momento en que se tiene una imagen difusa, que aunque se amplíe más no por eso muestra más detalles y por esto el astrónomo se preocupa como de cosa esencial del «poder resolvente» o la «definición» del aparato, esto es de los detalles que puede captar. Interesa que dos o más estrellas que aparezcan muy juntas no se confundan en una sola imagen, sino que sean «separadas» por el telescopio. Recordemos que cuando vemos una estrella más grande que otra no es señal de que en realidad sea más grande, sino de que nos envía mayor cantidad de luz. Las estrellas pequeñas pero muy brillantes nos parecen mayores que otras más chicas que brillan poco.

El «poder de resolución» de un telescopio depende de la relación que haya entre el tamaño de su espejo y de la onda luminosa estudiada. Por eso son enormes los radiotelescopios que trabajan con las ondas de radio—mucho más largas que las luminosas—que nos llegan de los objetos celestes, y por eso el mayor telescopio del mundo, el del Monte Palomar, que tiene un espejo de cinco metros de diámetro es el que más nitidez puede mostrar en los detalles.

Pero los grandes diámetros de espejo tienen además otra razón de ser. Nuestro iris se dilata en la oscuridad formando una abertura mayor por la cual entra más luz a impresionar la retina, y de igual ma-

nera los telescopios de gran abertura captan mayor cantidad de luz y pueden registrar objetos celestes más remotos, cuya luz fué muy debilitada por la distancia.

Otro recurso maravilloso tiene el astrónomo para recoger más luz: un mecanismo de relojería mueve los telescopios haciendo que permanezcan durante horas apuntando a la misma región del cielo, y durante largas exposiciones se acumula en la placa fotográfica la tenue claridad llegada; pero también el aumento del tiempo de exposición tiene su límite. Se trata de un extraño fenómeno fotográfico cuyo más detenido estudio será posiblemente muy fructífero en el orden teórico.

Sabemos que los «fotones»—partículas de luz—deben llegar en cierto número a cada grano de bromuro de plata de la placa fotográfica para que éste se muestre como un punto negro por la acción del revelador; pero se agrega ahora que si llegan demasiado distanciados en el tiempo, si pasa demasiado tiempo entre la llegada de uno y el que le sigue, no impresionan la placa, aunque la misma cantidad de luz—llegando en tiempo más breve, dejaría su señal.

Vemos, pues, que el telescopio tiene sus limitaciones; pero no sólo la luz impresiona las placas fotográficas, que también son sensibles a partículas materiales, como los electrones, y de ahí la idea del telescopio electrónico, que Andrés Lallemand, del Observatorio de Strasburgo, viene desarrollando desde 1943 con la colaboración (desde 1944) de Maurice Duchesne. En síntesis, convierte la luz, los fotones, en electrones, que son muy activos frente a placas fotográficas especialmente preparadas; pero de todo esto se hablará en la próxima nota.

El telescopio electrónico... no es telescopio; es un aparato que, acoplado a un telescopio multiplica por seis su capacidad de percibir la luz de los cuerpos celestes. En rigor es un convertidor de imágenes que transforma la imagen luminosa que el telescopio recoge en una imagen formada por electrones, que son mucho más activos al impresionar la placa fotográfica.

Vamos cómo funciona.

Ciertos metales dejan escapar fácilmente electrones de sus átomos cuando éstos son alcanzados por la luz, de manera que, si la imagen del ciel formada por el telescopio se recibe en una película de ellos en vez de recibirla en una placa fotográfica, se tiene—del otro lado de la película—esa misma imagen; pero emite electrones de los puntos iluminados y, como hay lentes magnéticas que actúan sobre los electrones en la misma forma que los lentes de cristal actúan sobre la luz, éstos electrones son encauzados para que reproduzcan la imagen sobre una placa fotográfica y la impresionen. Estas son las líneas generales: la imagen luminosa que da el telescopio se transforma en una imagen electrónica y esta es fotografiada—si cabe el término—mediante un lente magnético.

En esto sólo no hay ninguna dificultad... aparente; pero la realización práctica tropezó con tantas que el aparato, que Lallemand comenzó a estudiar en 1934

recién desde hace poco está en marcha (con la colaboración de Duchesne) dando resultados que sin duda serán pronto superados.

En el interior del aparato debe hacerse el vacío para que los electrones no tropiecen en su camino con átomos gaseosos y este vacío elimina también el oxígeno y la humedad que serían funestos para la antes mencionada película fotoeléctrica que convierte a los fotones en electrones. Es una delgadísima película de cesio y antimonio que en aparato especial se deposita sobre una lámina de vidrio y tan alterable es que ni por un instante puede estar expuesta al aire sin perder eficiencia. Por este motivo se las conserva en ampollas de cristal herméticamente cerradas, que recién se abren cuando en el aparato se ha hecho el vacío.

El aparato tiene para esto un tubo transversal en uno de cuyos extremos se coloca la ampolla. Hecho el vacío, un martillo accionado desde afuera, por un electroimán, rompe la ampolla y como la lámina fotoeléctrica está montada en un aro de hierro, es arrasada lateralmente por un ingenioso juego de electroimanes que la fijan exactamente donde debe estar.

En el foco se forma la imagen electrónica, hay un tambor con ocho películas fotográficas que bastan para una noche de trabajo y también se cambian desde afuera mediante electroimanes... pero estas películas tienen cierta cantidad de humedad que bastaría para utilizar a la lámina fotoeléctrica si el tambor no estuviera enfriado con aire líquido, a unos 180° bajo cero; pero está claro que, cada vez que se abre el aparato y entra aire, la lámina fotoeléctrica queda inutilizada y hay que poner una ampolla nueva.

La gran ventaja de este aparato radica en que los electrones producidos, aunque sólo se aprovecha una pequeña parte de ellos, impresionan al film fotográfico alrededor de seis veces más que la luz recibida por el telescopio, pero esta cifra podrá ser muy aumentada permitiendo fotografiar astros aun más lejanos, cuya luz es hoy imperceptible, y el gran telescopio del Monte Palomar, con su espejo de 5 metros viene a ser en esto tan efectivo como si su espejo midiera 30 metros.

Plutón, considerado planeta desde su descubrimiento en el año 1930, es en realidad una huidiza luna de Neptuno.

El «descenso» de Plutón de la categoría planeta a satélite fugado, quedó establecido por el descubrimiento de la lenta rotación de Plutón, que es de unos seis días y medio. Así lo informó el doctor Gerard P. Kuiper, del observatorio Yerkes, quien agregó que la Tierra es entonces uno de los 8, y no 9, planetas.

El doctor Kuiper cree que el planeta más distante del Sol es Neptuno. «Resulta claro», agregó, «que las presuntas perturbaciones de Urano y Neptuno indujeron a los astrónomos del observatorio Lowell a la caza de otro planeta distante que estuviera más allá de Neptuno. El descubrimiento de Plutón hecho por Clyde Tombaugh fué anunciado el 13 de marzo de 1930.

Si Plutón fuera un planeta, dijo recientemente el doctor Kuiper, tendría un período de rotación más

rápido, semejante al de los otros planetas más externos, más alejados del sol.

Medidas fotoeléctricas de cambios en el brillo de Plutón, causadas por marcas de luz y sombra en su superficie, mostraron su lento ritmo de rotación de 6, 39 días.

Las medidas fueron iniciadas por el doctor Kuiper con el telescopio de 2 metros del observatorio McDonald, de Mt. Lock. (Texas), manejado conjuntamente por investigadores de las Universidades de Chicago y Texas. Fueron continuadas por los doctores Merle E. Walker y Robert Herdie, con el telescopio de un metro del observatorio Lowell, Flagstaff (Arizona), y se combinaron los resultados obtenidos.

La lenta rotación, opina el doctor Kuiper, es una «confirmación muy fuerte» de que Plutón perteneció en cierto momento a Neptuno, y fué retardando su movimiento cuando todavía era una de las lunas de dicho planeta. También cree el doctor Kuiper que la mencionada evidencia soporta otros tres argumentos que previamente habían arrojado alguna sospecha sobre el derecho de Plutón de ocupar un lugar entre los verdaderos planetas.

Dichos argumentos son: la gran inclinación y excentricidad de su órbita, su masa y diámetro, y el hecho conocido de que Neptuno ha perdido y luego recapturado sus otras dos lunas: Tritón y Nereida.

Un ritmo de rotación mayor un día o menos del que tienen los otros planetas más exteriores habría hecho de Plutón un planeta, no obstante los tres argumentos enunciados.

Plutón está tan alejado del sol que su rotación no puede haber sido retardada mucho por la fricción de flujo del sol, y el planeta Neptuno debe haber causado la disminución de su período. La distancia media de Plutón con respecto al sol es de 58.720.000.000 de kilómetros.

Al cambiar a Plutón, de planeta a luna perdida de Neptuno, se disminuye el número de planetas del sistema solar de 9 a 8, pero se aumenta el de satélites conocidos de 31, incluyendo la luna terrestre, a 32.

El doctor Kuiper opina que como la órbita de Plutón corta la de Neptuno no puede haberse formado como un protoplaneta. Si se hubiera producido como planeta al mismo tiempo que Neptuno, habría tenido la misma clase de órbita que éste, casi circular y en el mismo plano que las órbitas de los restantes planetas. En vez de ello, Plutón tiene una gran inclinación, o ángulo, de 17 grados con dicho plano y también una gran excentricidad.

Otro argumento para fundamentar su origen como satélite, dijo el doctor Kuiper, es la masa y diámetro de Plutón alrededor de 1/13 y 40 por ciento del de la Tierra, respectivamente.

El diámetro hace a Plutón demasiado largo como para haberle formado como asteroide. Su masa es como la de las otras dos lunas de Neptuno, Tritón y Nereida.

Un tercer argumento que favorece el origen de Plutón como satélite, opina el doctor Kuiper, es el factor conocido de que Neptuno debe haber perdido todo menos el 1 por ciento de su masa original. Ello le permitió enviar sus satélites al espacio. Tritón y Nereida fueron perdidos y recapturados. Uno de los tres se perdió: Plutón.

TRIBUNA DE LIBRE DISCUSION

LA GENETICA CONTRA EL CONCEPTO PRACTICO DE LA JUSTICIA

Una verdad no puede estar en contradicción con sus consecuencias...

A. EINSTEIN

A José Peirats, con la mayor cordialidad.



LEGADO a mis manos el número 70 de CENIT, me ha sorprendido agradablemente tu trabajo—objeción a las opiniones que expongo en el número extraordinario de «Tierra y Libertad» sobre «La genética contra el concepto clásico de la justicia». Me agrada sobremedida que platiquemos sobre estas cosas, si estás dispuesto a ello; pero si aceptas esta plática—lo que no dudo, puesto que tú mismo la has provocado—, te propongo que la realicemos con cierto método, aclarando uno por uno los conceptos, poniéndonos de acuerdo sobre cada uno de ellos.

Con arreglo a este plan, comenzando por el principio, platiquemos primero sobre las ideas que forman el armazón de mi trabajo anterior, sobre las cuales no acierto a ver en tu **trabajo-objeción**, objeción real a ellas, dado que lo único que realmente veo en ti es una **angustia**—como dirían los existencialistas—y una rebelión ante las consecuencias que se derivan de esas ideas, que están basadas en lo que yo considero realidades científicas actuales.

En «La genética contra el concepto clásico de la justicia» afirmo yo que la **Justicia Clásica** se ha cimentado siempre en la idea-base de considerar al individuo como poseedor de una **voluntad** que le permite declinarse al bien o al mal al margen de toda influencia ajena a esa misma voluntad. ¿Estoy en un error? Si no acierto en esta afirmación ¿cuál es, según tú, la idea-base que ha servido de eje a la Justicia Clásica?

Haciendo después unos pequeños escauceos en los descubrimientos actuales de la moderna genética, señalo que esta ciencia, al pretender dar explicación anatómico-fisiológica a todas las manifestaciones de la vida humana, inclusive eso que llamamos psicología, niega la existencia de esa **voluntad** que, para serlo y no estar sujeta al determinismo propio de la vida física, ha de ser un ente metafísico, superior y ajeno a la vida fisiológica del individuo. ¿No estoy en lo cierto aquí? ¿No he interpretado bien yo la moderna

genética o es la genética misma la que está en un error? Si hay error en mis conceptos y tú aceptas esa **voluntad** que convierte al individuo en **sér volitivo y determinante**? (son tus palabras, ¿quieres explicarme, lo más científicamente posible, qué es en sí esa **voluntad**, qué funcionamiento real, material, orgánico, tiene en el **sér humano**?)

Indico después yo, en el trabajo a que nos estamos refiriendo, que, según los modernos descubrimientos de la genética (y podríamos apoyarnos en otras ciencias de las que no hemos hablado), el individuo es íntegramente el producto de los materiales base que dieron origen a su vida y orientaron su desarrollo más la influencia del medio en que este desarrollo se efectúa. ¿Tampoco acerté en eso? Si el individuo no es totalmente el producto de los materiales base que le dieron origen—en este caso los genes—y del medio en que esos materiales se han desarrollado ¿qué es, pues, el individuo? ¿Es algo al margen y ajeno a esos materiales y a ese medio? ¿Hay en él algo que escape y sea superior a esos materiales y a ese medio?

Yo no acierto a ver en tu trabajo respuestas a estos interrogantes ni sé si aceptas o no mis puntos de vista sobre ellos, lo que constituye el eje mismo de mi trabajo anterior. De que se acepten o no unos u otros puntos de vista sobre estos problemas llegaremos lógicamente a unas u otras consecuencias. Yo he expuesto clara y concretamente mi opinión sobre ellos; opinión que creo acorde con mi ateísmo y los descubrimientos actuales de la ciencia. Ya sé que estas opiniones me han de llevar forzosamente a conclusiones y consecuencias que a ti pueden parecerte angustiosas y desconcertantes. Pero por angustiosas y desconcertantes que sean las consecuencias de una verdad, ésta no deja de serlo. Cuando mucho, lo que puede demostrar ello es que los conceptos que anteriormente teníamos no se basaban en verdades, por alentadores y seguros que los creyéramos.

Discutamos, pues, primero si son o no verdades esas que yo creo que sí; ya hablaremos más tarde de las consecuencias de ellas.

Y si continuamos platicando sobre estas cosas verás que, aunque se desmoronen barranco abajo los valores tradicionales, los principios morales y revolucionarios por los que tú y yo luchamos surgen precisamente más vigorosos, puesto que ellos se basan en las verdades científicas y los valores tradicionales se cimentaron siempre en los errores religiosos.

B. CANO RUIZ

La silla de Cervantes y Argamasilla

«En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme.»



EN medio del triángulo topográfico que forman las ricas y populosas ciudades manchegas de Manzanares, Alcázar y Tomelloso se alza tímidamente Argamasilla de Alba, villa guadianica, hortelana y labriega con no más de 5.000 habitantes, y notoriamente famosa por ser cuna y patria del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

«Nunca fuera caballero de damas tan bien servido.»

Esta misma estrofa del libro inmortal, le es, sin duda, aplicable al destino íntimo de esa misera aldea manchega tan pomposa, tan ricamente servida por las damas de le celebridad y la gloria, ignorándolo ella misma.

Su población actual, como se ha dicho, es irrisoria, y socialmente hortelana. La cultura primaria brilla por su ausencia. Personas de algunas letras: el cura, el juez, el boticario y el maestro de escuela. El término municipal cultivable y cultivado es muy reducido. Quizás el más pobre de toda aquella feraz comarca. Poblaciones laboriosas, emprendedoras, intensamente vitícolas como Alcázar y Tomelloso (la primera situada a más de treinta kilómetros), introducen hasta allí mismo las cañas verde y oro de sus espléndidos viñedos y trigales.

Encogida en su impotencia oriental Argamasilla duerme en las márgenes frescas del Guadiana, una siesta milenaria de patatas, pimientos y habichuelas, cuyas cosechas abundantes las ofrece la tierra sin apenas requerir el esfuerzo del hombre.

El río Guadiana (nombre de origen bereber) que nace a corta distancia, en las famosas Lagunas de Ruidera (una de las más hermosas manifestaciones de la naturaleza), avanza desde allí en ritmo amplio y lento por entre piedras y paramos, hasta tocar las primeras casas de la villa. Allí se le incorporan numerosos planteles de hortalizas que van siguiendo el curso lento del río, hasta internarse en las mismas calles: unas calles estrechas y polvorientas que no poseen el menor empedrado, ni siquiera en las aceras.

Pronto surgen densas hileras de árboles macizos, vetustos, enormes, que alternan con pequeños puentes rudimentarios de palos y de tierra, a través de los cuales se pasa de una a otra acera, de una a otra calle. Diríase que es una intencionada caricatura de Venecia, o mejor aún: un recuerdo fiel del México primitivo de Moctezuma, con su magnífico sistema de canales y puentes, cruzando la capital azteca que

tanto asombrará a Hernán Cortes y a sus compañeros de aventura.

El único lugar sobresaliente de Argamasilla es el que la población llama, con cierto énfasis, la Glorieta, significando, quizás, que entre el infierno estival de la meseta manchega, aquéllo es un tibio remanso de gloria. Es un rectángulo arbolado, de escasas dimensiones. Está frente a la iglesia achatada y oscura; y lo forman gruesos y milenarios árboles, cuyas copas preñadas de verde se enlazan arriba, no dejando pasar el más leve rayo de sol que abrasa. A los lados, cuatro bancos de madera carcomida y plantas verdes de media altura, de entre las cuales surgen en primavera algunas que otras florecillas silvestres.

Cuenta la leyenda que frente a esta misma iglesia fué detenido «el cobrador de derechos reales Miguel de Cervantes» por lanzar un osado requiebro amoroso a la bella hija del alcalde cuando en unión de otras amigas salía de oír la «misa de once». Otra versión más intelectual es que lo fué por deudas.

Encerrado en lóbrega cueva, con mísero sustento, y vislumbrando por entre las rendijas de una pesada puerta (de la que aún quedan residuos que se disputa el turismo extranjero) las lechosas y dormidas aguas del Guadiana, comienza Cervantes a escribir las primeras páginas del Ingenioso Hidalgo, de «la mejor novela del mundo», como la calificó, en justicia, Blasco Ibáñez en una conferencia literaria pronunciada en la Universidad de G. Wáshington de Nueva York, ante más de 6.000 personas, en el año 1924.

Ninguna calle, ninguna casa, plaza o centro recreativo, evoca en aquella aldea ignara el nombre del agosto presidario. Únicamente recuerdo que el año 1932 existía un humilde equipo de fútbol denominado «Cervantes F.C.». Su población iletrada ignora quién era este hombre y la grandiosidad literaria, filosófica, histórica y humana de su obra. «Nadie es profeta en su tierra», y el buenazo, el justo y el valeroso caballero manchego tampoco lo es en la suya. ¡Y menos ahora que andan por allí las letras más escasas que el pan de cada día!

En otros pueblos limítrofes, en cambio, Cervantes y su obra gozan de la estimación y, el respeto y la gloria que merecen. Alcázar de San Juan, por ejemplo, cuando se sintió libre en julio de 1936 lo primero que se le ocurrió al pueblo fué suprimir el apellido postizo y frailuno que le dieron hace siglos, adoptando oficial y entusiásticamente el nombre de **ALCAZAR DE CERVANTES**.

Calles, plazas, bibliotecas públicas, centros recreativos, sindicatos obreros y organizaciones artísticas y culturales recuerdan a cada instante el nombre del «manco insigne». Y el pueblo bajo también; el pueblo se transmite de generación a generación esa consigna

Estudio sobre la barbarie humana

LOS ARABES



La causante de la invasión árabe al Imperio romano fué Mahoma que nació en el 570 de nuestra vulgar era. Siendo conductor de camellos trabó amistad en Siria con un religioso de Bostra y un rabino hebreo, quienes le hicieron conocer los dos «testamentos» bíblicos. Individuo de natural feroz, a causa de una degollina que hizo en cierta guerra de tribus, se ganó el apodo de AL-ALMIN («el hombre feroz»). Casó luego con rica viuda y se retiró de los negocios, para dedicarse en la montaña de Hira a la meditación religiosa. Pretendiendo que recibía «órdenes», del fantasma Dios, por mediación del «arcángel Gabriel», rechazó pronto los dogmas judeo-cristianos, para fabricarse otros nuevos, fundando así la nueva religión del ISLAM (o resignación a la voluntad de Dios). Fué en el 611 cuando la dió a conocer con palabras poco tranquilizadoras: «Yo seré el apóstol de Dios, secundaré sus proyectos, y si alguno se le resiste, le romperé los dientes, le arrancaré los ojos, le abriré el vientre, y le quebraré las piernas. Aunque viere venir contra mí, al sol y a la luna, no retrocederé en mi obra.»

Mahoma dictó a su liberto Zeid los 714 versículos del AL-CORAN (Al-Coran; el libro), que éste escribía en hojas de palma y en huesos de carnero, pensamientos que se han vuelto el libro «sagrado» de los mahometanos. Aunque al principio se le opuso el sanguinario Omar, azuzando al populacho de la Meca, logró aplacar los ánimos; pero fué por fin expulsado de la ciudad en el 622. Tal año llámase de la EGIRA (de la huida del profeta), año primero de la actual era musulmana.

Refugiado en Medina, empezó la predicación, sable

en mano. Degolló a todos los componentes de una caravana, saqueándola a mansalva y, con sus partidarios, arrasó la ciudad de Beder en 624. Con diez mil foragidos «conquistó» la Meca en el 629, incendiándola. Temido desde entonces como el «gran jefe religioso» invadió Persia con una soldadesca de 30.000 sicarios. En la peregrinación EL-HADDJ, a la cual asistieron 114.000 musulmanes, fué consagrado como «Mahoma, profeta de Dios». Este desastroso demente, tan nocivo como todos los «hombres providenciales», feneció en Medina el 8 de junio del 632.

Su Corán es un cúmulo de tonterías en donde se admite la «inmortalidad del alma, la resurrección de la carne, la interrogación de los muertos, el infierno en donde bullen los cuerpos de los impíos en enormes calderas» y otras estupideces propias para sensibles. El «cielo» coránico es un paraíso sensual. En cuanto a la vida actual, la sola y única vida que cada cual tenemos, Mahoma como casi todos los iluminados religiosos, cree en el destino y enseña la «resignación». *Nihil novum sub sole...*

*

Al morir nuestro hombre, Abu-Bekre fué reconocido califa (jefe religioso civil y militar). Este otro demente no se hizo esperar para comenzar enseguida las grandes guerras de «conquista». Excitando a la soldadesca impaciente «Id—les decía—a pelear con denuedo y lealtad a Dios». Las hordas religiosas del islamismo arrasaron Siria, introduciéndose por Bostra que quedó hecha un montón de escombros. Cerca de Damasco, en tremenda orgía, degollaron a 70.000 soldados de Heraclio. «En 633, conquistaron una comarca siria e hicieron 150.000 muertos y 40.000 cautivos», narra un historiador árabe moderno. Grandes fueron las destrucciones en Jerusalem, Alep y Antioquía.

Con la caída de Persépolis, lo que hoy es Irán fué tomado a sangre y fuego por la morisca: era el año 642. Le cayó pronto el turno a Egipto y otro de los bárbaros, Omars, hizo calcinar la biblioteca de Alejandría, utilizándola como cuadra de un asesino militar a sueldo del Estado. En el 648, sembraron la muerte, la destrucción y el dolor por Cirinaica y Tripolitania. Más tarde, arrasaron el Africa septentrional, sede hoy día de un resurgir «mahometano» a sangre y fuego.

Como ocurre en casi todos los grandes movimientos religiosos, las escisiones aparecieron con las discordias por «mandar» los califatos. Rompió el fuego Alí, yerno de Mahoma y luego de sangrientas luchas empezaron los OMNIADES a imperar vertiendo numerosa sangre y tiranizando a las poblaciones. Por aquel entonces, la dominación musulmana se extendió hasta

espontánea de respeto emocional, íntimo, casi místico, hacia el venerable Don Quijote de la Mancha; libro que (por la incultura reinante) poca gente comprende, y hacia su autor que todo el mundo se precia de conocer de «oidas». Mi madre (hoja ya muy mustia de ese mismo y denso árbol popular) es una viejecita octogenaria e iletrada, que en mi infancia me contaba interesantes pormenores de la vida cervantina.

—Madre, ¿por qué se llama Argamasilla aquel pueblecito terroso y triste por donde pasa el río?

—Pues, escucha, hijo mío. Cuando al pobre Cervantes lo metieron en la cueva-prisión, y a través de largas vigiliias, de ayunos y de sufrimientos, comenzó a escribir el Quijote, sentado en una silla coja que le molía los huesos, exclamó con angustia: ¡AMARGA SILLA!

Conrado LIZCANO

el Indo, arruinando por doquier a los pueblos indostánicos. (Los pakistanianos de ahora y la sangui-naria guerra que provocaron después de la segunda matanza mundial del Estado, para «independizarse» de la India, son descendientes de los bárbaros árabes que arrasaron la India.) En pleno delirio belicista, el califa Solimán en el 717, con 120.000 sicarios y una flota de 1.800 velas cruzó el Helesponto y sitió a Constantinopla. El fuego grecisco de los militaristas de la real historia, para gloria de los bárbaros que caotizan el mundo.

Frente a las columnas de Hércules, Tarik se estacionó con cuantiosa soldadesca para invadir Iberia. Por lo pronto comenzó por bautizar al estrecho con su nombre: DJEBEL-TARIK (montaña de Tarik y actual peñón de Gibraltar, este nombre derivando de aquí). La oposición de los iberos, a pesar de ciertas resistencias como la de los astures que acompañaron a Pelayo en Covadonga, no pudieron contener el desborde musulmán en Iberia; los Pirineos fueron cruzados y la morisca se extendió hasta el Loira galo, en donde fué contenida por las armas francas en una batalla que tuvo lugar cerca de Poitiers. Se estaba en el 732 y el Imperio mahometano se extendía desde el Pirineo hasta el Indo, considerable extensión como puede verse.

Luego de esta expansión euro-asiática empezaron de nuevo las luchas internas, que se señalaron por horribles carnicerías. Los OMNIADES fueron decapitados a millares. El crepúsculo del imperialismo árabe acaeció cuando los turcomanos los diezmaron en la India, otros, éstos, nuevos bárbaros para sembrar la muerte y la destrucción, por el mundo de entonces.

*

Al margen de la barbarie político-religiosa de los árabes, como ocurre con todos los pueblos bárbaros, hubo hombres y mujeres que trabajaron por una era pacifista para el género humano. Los árabes no guerreros tradujeron los textos griegos. Bagdad tuvo observatorios antes que Europa. Vulgarizaron en Occidente el álgebra y los números «arábigos» que tomaron de los alejandrinos, descubrieron el alcohol, el uso del alcanfor y el mercurio. En arquitectura sobresalieron con sus «arabescos». Aún queda en Occidente la conocida Alhambra de Granada que es un gran monumento árabe. Los compañeros de paso por Carcassonne han observado, sin duda, cerca del río, esa «Cité» que data de los tiempos árabes, etc.

Pero, por desgracia para esta desdichada humanidad, la civilización árabe militócrata, se basó en la barbarie autoritaria. Terror militarista hacia las poblaciones civiles invadidas y destrucción de la economía de los vencidos, para luego imponer las «construcciones» de los vencedores...

La agitación árabe de nuestros tiempos a través de Túnez, Argelia y Marruecos tiene por fin una «independencia» nacionalista a estilo musulmán con la barbarie que ha caracterizado a la morisca belicosa. Así las multitudes engañadas por los preceptos religiosos del Corán, tratan de imponer lo que dice este libraco, a sangre y fuego. Es el hombre el animal que siempre tropieza con el mismo guijarro.

Desde el punto de vista anarquista el mal de los pueblos explotados no reside solamente en unos amos

dominadores, ajenos a la propia religión y raza (colonialistas), sino también en los amos dominadores de la propia religión y raza (nacionalistas). Para la manumisión de los pueblos hay que hacer tabla rasa con todos los explotadores, no importa de que raza sean, no importa la religión que profesen y el lugar en donde hayan nacido. Contra la religión, contra el Estado y encaminándose hacia la Anarquía sólo los árabes, como todos los pueblos explotados y esquilmados por la plutocracia, hallarán lo que anhelan: la libertad (1).

Vladimir MUÑOZ

(1) Un ejemplo de que el nacionalismo es tan feroz y sanguinario como el colonialismo, lo tenemos con el último de los Estados que logró la «independencia» política, en 1955, el SUDAN. El día 23 de febrero de 1956 transmitía la agencia «United Press», esta noticia:

«KHARTUM (Sudán).—Los estudiantes hicieron manifestaciones hostiles al Gobierno, para protestar contra los sucesos de la localidad de Kosti, en que murieron 340 campesinos sudaneses bajo las balas de la policía o asfixiados en una estrecha celda.

«Los agricultores murieron el lunes y el martes. La policía mató el lunes a 150 en desórdenes callejeros. Otros 190 se asfixiaron durante una noche de horror en una minúscula celda, en la cual fueron encerrados la noche del domingo. Las puertas de la prisión no fueron abiertas hasta el miércoles, pudiendo comprobarse que había 190 cadáveres.

«Por estos hechos se llama a Kosti «El pozo negro de Kosti». Siguen llegando otras informaciones sobre estos trágicos sucesos. Esta mañana, Khartum presenció una racha de disturbios contra el Gobierno. Los estudiantes se lanzaron a las calles, atacando a gritos al Gobierno, por sus medidas de represión contra los agricultores arrendatarios.

«Los sucesos se han concentrado en Kosti, que es un centro algodónero situado en la provincia del Nilo Blanco, unos 380 km. al sur de Khartum.

«Todo comenzó el domingo cuando muchos agricultores, armados de lanzas y palos, se negaron a enviar al mercado sus cosechas invernales de algodón. Fueron arrestados unos 300 agricultores revoltosos por la policía. Una declaración de representantes de los agricultores arrendatarios dice que en Kosti ocurrieron luego escenas de terror y que fué formado un tribunal especial, el que dictó severas penas contra los revoltosos. Estos fueron encerrados en celdas de la prisión de Kosti, que apenas tienen 20 metros de largo por 6 de ancho. El miércoles, las autoridades encontraron solamente 190 cadáveres: se asfixiaron por la estrechez y por el calor reinante. Las autopsias comprobaron la asfixia.

El martes, los agricultores enfurecidos se lanzaron contra la ciudad. La policía los recibió con bombas lacrimógenas, y como éstas no los contuvieron, abrió el fuego. Murieron otros 150. Otros 600 agricultores están arrestados.»

*

... Uno de los numerosos crímenes de esta sociedad inhumana basada en el principio de autoridad y en la monstruosidad del Estado.

EL INFORME KRUTCHEV



La muerte de Stalin suscitó en Occidente las más serias dudas. Un fuerte estado de opinión de que esta había sido provocada se hizo patente. El hecho lo avala científicamente el contradictorio tratamiento que, según la prensa rusa y Radio Moscú, fué aplicado al paciente durante el breve curso de su enfermedad. Prácticamente por el conocimiento que se tenía de los expeditivos medios utilizados en el país de los soviets cuando de eliminar al contrincante se trata.

El ajusticiamiento personal en este caso, de acuerdo con dicha tesis, habría precedido al político. De todas formas, todo ello es discutible, pues, carecemos de los suficientes elementos de juicio sobre los que fundamentar dicha hipótesis. Los nuevos amos de la situación rusa han sido celosamente laconicos en esta cuestión.

Incluso hasta el informe Krutchev no deja filtrar la luz por el menor resquicio. La única base especulativa que se nos ofrece, es la que hace referencia a la decisión adoptada por las altas jerarquías del partido de denunciar públicamente los desafueros de su predecesor. «Después de la muerte de Stalin, dice Krutchev, a modo de preámbulo, el Comité Central del Partido ha empezado a aplicar una política tendiente a explicar brevemente, pero de una forma positiva, que era intolerable y ajeno al espíritu del marxismo-leninismo exaltar una persona y hacer un superhombre dotado de cualidades sobrenaturales al igual que un dios.»

Ahora bien, si esta política de clarificación ha empezado a ser aplicada después de la muerte de Stalin, el texto en sí parece querer insinuar que la decisión le es en mucho anterior. O cuando menos que ésta fué tomada a última hora, cuando la enfermedad del «padrecito de los pueblos» lo situaba a la merced de sus colaboradores. Hecho que vendría a justificar las dudas emitidas en principio.

De todas formas, y dejando de lado todas las sugerencias que puedan desprenderse de este tema, una cosa es evidente que es la que interesa resaltar. Los crímenes de Stalin, que venimos denunciando desde su origen y que tantos insultos nos granjearon, acababan de ser reconocidos y censurados por sus propios exégetas.

Incluso el mismo Togliati que había considerado en principio que: «la decisión tomada por el Congreso en lo concerniente a los errores de Stalin, las causas y condiciones, que facilitaron su desarrollo, no pueden ser consideradas satisfactorias», ha debido rendirse a la evidencia. Una evidencia que era de los más indicados en conocer.

El más reactio, aunque con idéntico resultado, ha

parecido ser la figurilla de paja del Kremlin, Mauricio Thorez. «La crítica de ciertos errores, decía, no puede desmerecer en nada los méritos históricos de Stalin. Stalin ha defendido y hecho proponer la herencia teórica y práctica de Lenin. La realización de los planes quinquenales y la construcción del socialismo ha sido impulsada por él en una sexta parte del globo.» Esta tesis, como puede constatar, es precisamente lo más antitético a la posición de Moscú.

La catilinaria de Krutchev parte precisamente del abuso de poder ejercido por Stalin, cuyo culto, sostiene, fué «el manantial de toda una serie de graves y sin cesar más serias perversiones de los principios del partido, de la democracia del partido y de la legalidad revolucionaria». Mas no debemos dejar de tener en cuenta que, la posición de Krutchev, es rebatida por él mismo al hacer suyas las palabras de Lenin afirmando: «Nuestro Comité Central se ha constituido en grupo centralizado...» Claro, que en cuestión de contradicciones tan acostumbrados nos tienen los corifeos de Moscú, que una más no puede sorprendernos.

Se hace preciso y lógico reseñar lo fundamentado de la posición de Thorez y Togliati. No puede negarse que la labor de Stalin ha sido del más puro estilo leninista. Y que estaba totalmente fundamentado en las teorías que dieron vida al régimen «soviético» ruso. Quien no lo está es Krutchev al hablar de «democracia del Partido» tan combatida por Lenin.

Aclaremos e insistamos sobre el caso: En una carta fechada en diciembre de 1922, y dirigida al XIII Congreso del partido, Lenin afirmaba: «Después de haber asumido las funciones de secretario general, el camarada Stalin, ha acumulado entre sus manos un poder desmesurado y no tengo la seguridad de que este sea capaz de hacer uso de él con la prudencia necesaria.»

Por una vez, Lenin había visto claro, largo y profundo. Faltó, sin embargo, de la debida gallardía, como ahora lo hacen sus satélites, para enjuiciar el problema desde su verdadero ángulo. Es innegable la brutalidad de Stalin. Pero lo es mucho más la de los que hoy enjuician su despotismo. Que no hubiera sido posible de no haber contado de antemano con el «poder desmesurado» de la secretaría del partido. Sin ese poder exorbitante la dictadura no hubiera podido tomar el incremento que se le reprocha, ni tener las características que tomó.

Ese es el quid de la cuestión que Krutchev pretende ignorar. La centralización dictatorial del partido bolchevique es el fundamento primordial y el más poderoso incentivo a las veleidades dictatoriales del primer venido. Razón tenía Thorez. Y no nos faltaba a nosotros, que hace un siglo nos enfrentamos a las de Marx, considerando que sus falaces teorías no podían conducir al pueblo más que a la situación en

MICROCULTURA

109.—El primer pirómetro óptico fué construido por el físico francés Enrique Le Chatelier (1850-1936).

110.—Se llama «chovinismo» a la patriotería por alusión a Nicolás Chauvin, político francés que expresó exaltada admiración por el régimen napoleónico.

111.—La paloma es la más prolífica de las aves y por eso los antiguos romanos la consagraron a Afrodita.

112.—El gran compositor alemán Carlos María Weber (1786-1826) fué el autor de «La hija del Bosque».

113.—El «ukele», instrumento musical de Hawái, parece una pequeña guitarra.

114.—La «Comedia Francesa» fué pintada por el artista galo Antonio Watteau, en cuyo arte se encuentran los gérmenes del impresionismo.

115.—Del abeto, árbol que vive hasta 500 años, se extrae la trementina.

116.—La reina de las abejas pone un promedio de 2.500 huevos por día.

117.—Anaximandro, astrónomo, geómetra y filósofo griego, inventó los mapas geográficos.

118.—La «ataxia» es una enfermedad que se caracteriza por la falta de coordinación de los movimientos, especialmente en las piernas.

119.—Washington, la capital de los EE. UU., se fundó en 1790 con los planos del ingeniero francés L'Enfant.

120.—Los microbios de la disentería y de la sífilis fueron descubiertos por el sabio alemán Federico Schaudin (1871-1906).

121.—El corcho se saca cada siete o más años de la corteza del alcornoque, según la tierra.

122.—Se supone que la temperatura del sol es de seis mil grados centígrados.

123.—Guillermo Fox fundó la secta de los quáqueros en el siglo XVII.

124.—La oxidación es la combinación lenta del oxígeno con otros cuerpos y la combustión es la combinación rápida y violenta de dicho oxígeno con los mismos cuerpos.

125.—Los griegos designaban a la sabiduría con los nombres de Pallas o Minerva.

126.—La «pamplumusa» es el nombre botánico del promelo (en inglés «grappe fruit»).

127.—El uranio, al contacto con el aire, arde fácilmente, pero para fundirlo se requiere una temperatura de 1.690 grados centígrados.

128.—Se construyó una cámara frigorífica especial que hace exposiciones a 10 millonésimas de segundo y se emplea para fotografiar diminutas partículas de humedad y tierra que se encuentran en el aire.

129.—Un nuevo sistema de cable telefónico coaxial se instaló entre Nueva York y Filadelfia, permitiendo transmitir simultáneamente 1.800 conversaciones por minuto.

130.—Alberto Einstein introdujo en 1908 la teoría del intercambio entre masa y energía, que es la base de la industria actual de la energía atómica.

131.—Las serpientes son mucho más agresivas y ágiles durante la época de calor, pero el exceso de éste puede matarlas.

132.—Muchas aves consumen diariamente la mitad de su peso, pero a menudo las jóvenes ingieren en cambio una cantidad mayor que la de su peso.

133.—El puerto de Nueva York (1956) está servido por 125 líneas de barcos a vapor.

134.—N. Stadler, en 1662, inventó los lápices y desde ese año se divulgaron en toda Europa.

135.—Sacando las flores secas de las plantas se impide la producción de semillas que agota a los vegetales.

136.—América tiene cerca de 3.000 hospitales dedicados exclusivamente al cuidado de la salud de los animales.

137.—En aguas profundas, la velocidad de las ondas oceánicas varía con la distancia existente en las mismas. Si dicha distancia es de unos 300 metros, la onda se desplazará aproximadamente a 60 kilómetros por hora.

138.—En el mundo, alrededor de 33 personas por hora, mueren de cáncer.

139.—Un trabajador norteamericano puede producir actualmente tanto como lo producido por 200 hombres hace cincuenta o sesenta años.

140.—El trueno es causado por el súbito calentamiento del aire al ser atravesado por el relámpago.

141.—Los ricachos eran los «patricios» en la antigua Roma, y al pueblo se le conocía por «plebe».

142.—Las «sagas» son narraciones poéticas del siglo VI, referentes a las tradiciones de Escandinavia.

143.—La palabra «parlamento» se usó por primera vez en 1258, en el Consejo de Oxford (Inglaterra).

145.—No es muy correcto decir «este sombrero me entra en la cabeza», por ser cabeza la que entra en el sombrero.

que se halla el ruso después de la implantación del desgraciado ensayo de socialismo científico.

Stalin no ha sido dentro del sistema más que un accidente, como en breve, quizás, lo sea el propio Krutchev. Al recriminar los desafueros de Stalin pierden los sacristanes moscovitas el sentido común de razonamiento. Todo efecto es hijo de una causa. El despotismo de Stalin lo fué a tenor del instrumento que la incapacidad del partido, y de sus actuales impugnadores, puso entre sus manos. Stalin no hizo más que ejercer y dirigir las riendas de un poder creado por el propio Lenin a su medida.

La insistencia de Krutchev en la defensa y panegírico de Lenin es el más desafortunado cuadro de visión y la más sospechosa de las actitudes. Máxime cuando se intenta ignorar la verdadera mecánica funcional del partido, hablando de democracia orgánica, de la que hasta en los diccionarios se da una falsa noción de su sentido etimológico y de relación social. Ya veremos de sacar del propio informe de Krutchev las conclusiones que se imponen y los designios que lo gufan. El mismo nos lo dirá.

Francisco OLAYA

- 146.—La religión de los «sapindas» en India, prohíbe la higiene, debiendo sus miembros permanecer siempre sucios.
- 147.—Isaac Albéniz (1860-1909) fué el autor de la hermosa composición musical «Serenata árabe».
- 148.—«La «clastomania» es la inclinación morbosa a romper y destruir las cosas.
- 149.—El sabio van Hammen descubrió en 1675 los espermatozoides, desconocidos en la antigüedad por completo.
- 150.—La superficie total de la Tierra según recientes cálculos es, aproximadamente, de 510.101.235 kms. cuadrados.
- 151.—El nácar no es un mineral, sino una composición de cal carbonatada, materias orgánicas y agua.
- 152.—El lugar de América donde más llueve es Belén, en el Brasil. Se han comprobado precipitaciones pluviales de hasta 2.805 milímetros por año.
- 153.—Los yacimientos más grandes de fósforo se encuentran en Túnez y en Florida (EE. UU.).
- 154.—Se pescan alrededor de 40.000 ballenas por año, según los especialistas de la industria pesquera.
- 155.—Se supone que el idioma que se habla más rápido es el francés, que se pronuncia a un promedio de 350 sílabas por minuto.
- 156.—De Austria y Hungría proceden los mejores violinistas.
- 157.—Los fenecios se distinguieron por haber sido un gran pueblo navegante.
- 158.—El suero contra la difteria lo inventó el doctor francés Pedro P. Roux.
- 159.—El país que ha tenido más guerras ha sido España, que ha vivido en guerra más de la mitad de los años de su historia.
- 160.—Se llama «polden» a los terrenos agrícolas que en Bélgica y Holanda se ganaron al mar.
- 161.—El puerto americano más próximo de África es Recife en el Brasil y el puerto africano más próximo de América es Dakar en el Senegal.
- 162.—La sacarina se obtiene del benzol y endulza 500 veces más que el azúcar.
- 163.—La «batología» es un vicio del idioma que consiste en repetir innecesariamente los mismos vocablos.
- 164.—Lo que queda de la mazorca de maíz una vez desgranada se llama espata o farfolla y en algunos países de América la denominan «tusa» o «marlo».
- 165.—Rasputin fué asesinado por el príncipe Yusupov, luego de varios intentos de envenenamiento.
- 166.—Se llama «micosis» al conjunto de enfermedades provocadas por los hongos parásitos.
- 167.—El nombre de Bulgaria deriva de un río que cruza el país y que se llama Volga.
- 168.—El arte de grabar en madera para reproducir dibujos se llama «xilografía».
- 169.—Un paracaídas cae normalmente a la velocidad de 55 metros por segundo (20 kilómetros por hora).
- 170.—Significa «sub judice» que el asunto es opinable o está pendiente de resolución.
- 171.—Kilo es la medida moderna de peso y «quilo» es el líquido que se forma con los alimentos en el intestino delgado.
- 172.—Cancionero es una colección de canciones y «cancionista» es la persona que compone o canta canciones.
- 173.—El primer mercado mundial de cáñamo es Manila, en las Filipinas.
- 174.—El sabio francés Lavoisier (1743-1794) descubrió el oxígeno.
- 175.—Durante las deliberaciones en el Concilio de Verona (1184) se estableció la Inquisición.
- 176.—Para medir la cantidad de lluvia que cae en un tiempo determinado se emplea el pluviómetro, usando la escala en milímetros.
- 177.—La medida tipográfica «cícero» (regleta de doce puntos) se llama así, porque se usó por primera vez para imprimir las «Epístolas Familiares» de Cicerón, en 1467, cerca de Roma.
- 178.—La ópera «Dante y Beatriz» es obra de Benjamin Godard, conocido músico francés (1849-1895).
- 179.—El linotipo fué inventado por el emigrado alemán Ottmar Mergenthaler, y puesto por primera vez en práctica en los talleres del «New York Tribune», el 3 de julio de 1886.
- 180.—Marzo era el primer mes del año en la antigua Roma, diciembre era el décimo y febrero el último.
- 181.—El español Antonio Ulloa descubrió el plano en 1748.
- 182.—Irak, significa en árabe «tierra baja».
- 183.—La palabra «billet-doux» en galo, significa carta de amor.
- 184.—La «oclofobia» es el terror que sienten algunas personas por las multitudes.
- 185.—El archipiélago de las Hawaii, se compone de veinte islas, pero sólo once están habitadas.
- 186.—A los animales parásitos que viven en el cuerpo de otros, como las garrapatas, se les llama «epizoarios».
- 187.—El 25 de septiembre de 1690, fundó Benjamín Harris el «Publick Occurrences Both Foreign And Domestick» en Boston, primer periódico de los Estados Unidos.
- 188.—No es verdad que las avestruces metan la cabeza debajo de la arena para esconderse, lo que es uno de tantos mitos europeos, pues nadie ha visto a un animal hacer tal cosa.
- 189.—«Corso» quiere decir natural de Córcega y «corzo» es un animal parecido al venado.
- 190.—Alonso de Pineda, explorador español, descubrió en 1519, las bocas del río Misisipi.
- 191.—La mayor profundidad conocida del mar está en el Pacífico, frente a las islas Marianas, con un sondeo de 10.870 metros.
- 192.—Morder los ratones al pan o al queso se llama «ratonar».
- 193.—Al igual que todos los carbonatos, las perlas se disuelven en un vinagre fuerte, que tenga un seis o más de ácido acético.
- 194.—A la persona astuta que trata de engañar a otra con halagos se llama «marrullero».
- 195.—«Momología» es la ciencia que trata de las leyes y de su interpretación.
- 196.—La cortisona fué descubierta en 1936, debido a los trabajos del médico norteamericano Arturo I. Kendall.
- 197.—El «tagalo» es el idioma oficial de las Filipinas.
- 198.—El aluminio se extrae de la bauxita, que es hidrato de alúmina natural.
- 199.—«Oxon» es la abreviatura en inglés de Oxford University y procede del latín «Oxonia», que es el nombre de la ciudad.

Una realización de SUNO



El pensamiento vivo de Nietzsche

Se produce el conocido episodio del 3 de enero de 1889. Al salir de la casa donde se alojaba vió, en una parada de coches de alquiler, en la plaza Carlo Alberto de Turín, que un viejo y desmirriado jamelgo era brutalmente castigado por un cochero inmisericorde. Ante la tortura infligida al pobre bruto, sobrecogido de compasión—él, que quería proscribir la compasión (por los hombres como una debilidad, como un sentimiento depresivo)—, se arroja sobre el animal y sollozando se abraza a su cuello para protegerlo con su cuerpo de la ira del hombre. Fué el rayo que lo abatió, y con él quizá alumbró subterráneamente, en uno de los pliegues de la sombra que se cernía sobre su espíritu, una verdad vivida, apurada en el cáliz de la vivencia más dolorosa: un capítulo fundamental que no alcanzó a escribir, sobre el sentimiento de compasión hacia los animales, como imperativo para el hombre.

CARLOS ESTRADA.

El amor a un solo hombre es una barbarie, porque se ejerce con detrimento de todos los demás. Tal el amor de Dios.

El que alcanza un ideal, le traspasa.

Un hombre de genio es insoportable si le faltan dos cosas: gratitud y pureza.

El grado y la especie de la sexualidad de un individuo se extienden hasta los últimos rincones de su espíritu.

En tiempo de «paz», el hombre belicoso se las ha consigo mismo.

Un alma que sabe que es amada y que no sabe corresponder manifiesta su baja extracción: lo que en ella estaba sepultado sube a la superficie.

No su amor al prójimo, sino la impotencia de ese amor, es lo que impide a los cristianos de hoy el quemarnos.

Cerrar los oídos a los argumentos contrarios será indicio de carácter fuerte, pero a veces lo es de imbecilidad.

No existen fenómenos morales, sino una interpretación moral de los fenómenos.

Muchas veces el delincuente no está a la altura de su delito; lo empuqueña y lo calumnia.

También el concubinato ha sido corrompido por el matrimonio.

La sensualidad muchas veces apresura tanto el crecimiento del amor, que su raíz queda débil y fácil de arrancar.

Todas nuestras relaciones con los doctos y con los artistas suelen engañarnos; en un docto hallamos tal vez un hombre mediocre y en un artista mediocre hallamos tal vez un hombre muy notable.

Lo que en una época parece malo, es casi siempre un residuo de lo que parecía bueno en la época anterior; es el atavismo de un ideal ya viejo.

Lo que se hace por amor se hace siempre más allá del bien y del mal.

El cristianismo propinó veneno al amor; mas éste no murió, degeneró y resultó vicio.

El que no quiere ver lo que hay de más elevado en el hombre, busca con mirada penetrante lo que hay en él de más bajo y superficial; con esto revela su propio sér.

Yo he escrito siempre todos mis libros con todo mi cuerpo y toda mi vida; no sé lo que son problemas puramente espirituales. Todas las verdades son para mí verdades sangrantes.

Lo mejor que el socialismo trae consigo es la excitación que comunica a los más amplios círculos: entretiene a los hombres e introduce en las clases más bajas una especie de conversación filosófico-práctica. En este sentido es una fuente de energía para el espíritu.

Verosíblemente el grande hombre y la obra grande sólo crecen en la libertad de los países incultos. La

humanidad no tiene otros fines que los grandes hombres y las obras grandes.

Comienza una época de barbarie y las ciencias estarán a su servicio.

Yo no os aconsejo para el trabajo, sino para la lucha. No os aconsejo para la paz, sino para la victoria. ¡Que vuestro trabajo sea una lucha, que vuestra paz sea una victoria!

Después que la Iglesia se desembarazó de todas las prácticas cristianas, y sancionó enteramente la vida en el Estado, aquella vida que Jesús había combatido y condenado, tuvo que colocar el sentido del cristianismo no importa donde: en la creencia en cosas increíbles, en el ceremonial de rezos, adoración, fiestas, etc. Los conceptos de pecado, perdón, castigo, recompensa, todo esto, completamente baladí y casi excluido por el primer cristianismo, pasa ahora al primer plano.

La Iglesia es justamente aquello contra lo cual Jesús predicó y contra lo que enseñó a sus discípulos a luchar.

No se debe confundir al cristianismo, como realidad histórica, con aquella raíz que su nombre recuerda: las demás raíces de que ha crecido han sido mucho más poderosas. Es un absurdo sin precedentes señalar con aquel noble nombre esos productos decadentes y deformaciones que se llaman «Iglesia Cristiana», «de cristiana» y «vida cristiana». ¿Qué es lo que Cristo ha negado?: Todo lo que hoy se llama cristiano.

Una religión como la cristiana que predice un fin a la vida terrena en general y condena a todos los vivos a vivir en el quinto acto de la tragedia, es hostil a todo ensayo de plantación nueva, a toda tentativa audaz, a toda libre aspiración; le repugna aventurarse en lo desconocido, porque en ello nada ama ni espera.

La vida no me ha decepcionado. De año en año la encuentro, por el contrario, más rica, más deseable y más misteriosa.

Cuando el hombre quiere crear algo grande, en general necesita del pasado y se apodera de éste mediante la historia monumental; quien, por el contrario, quiere perseverar en lo usual, en viejas veneraciones, ese se ocupa del pasado como historiador anticuario.

Suponiendo que la verdad sea mujer, ¿no es fundada la sospecha de que todos los filósofos dogmáticos entendían poco de mujeres, y que su terrible seriedad

y su curiosidad indiscreta no eran los medios más a propósito para cautivarlas?

La filosofía de los dogmáticos fué promesa milenaria, como en tiempos más remotos la astrología, en cuyo servicio se gastó más dinero y trabajo, más perspicacia y paciencia de lo que se gasta hoy por cualquier ciencia positiva: a la astrología y a sus aspiraciones sobrenaturales debemos hoy en el Asia y en Egipto el estilo grandioso de la arquitectura.

Parece como si todas las cosas grandes, para poderse imprimir con caracteres indelebles en el corazón humano, debieran pasar sobre la tierra primeramente bajo el aspecto de caricaturas monstruosas y espantables.

La lucha contra Platón, o para decirlo de manera más inteligible y popular, la lucha contra la milenaria opresión clerical cristiana—ya que el cristianismo es un platonismo «ad usum populi»—, ha producido en Europa una tensión en los espíritus como jamás la hubo sobre la tierra.

¿Queréis vivir «según la naturaleza»? ¡Cuán equivocados andáis! Imaginaos un sér, como es la naturaleza, infinitamente pródiga, infinitamente indiferente, sin intenciones ni miramientos, sin piedad ni justicia, fecunda y estéril, siempre incierta; imaginaos la indiferencia convertida en potencia: ¿Cómo podréis vivir según esta indiferencia?

Son pobres los que no pueden comprender la pobreza voluntaria.

El más pérfido modo de dañar una causa es defenderla con argumentos malos.

El pródigo no ha adquirido todavía esa miseria del rico que ha contado su tesoro; se prodiga con la sinrazón de la naturaleza disipadora.

Hay hombres que de ordinario carecen de pensamientos: son los que a menudo tienen malos pensamientos.

Al envidioso no hay que desearle hijos, pues tendría envidia de ellos por no poder ser niño.

«¡El mal ha producido siempre grandes efectos!» y «La naturaleza es mala, seamos naturales!» Así discurren secretamente los grandes efectistas de la humanidad a quienes frecuentemente se tiene por grandes hombres.

(SELECCION DE V. M.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

EL CIELO DE MI PUEBLO

El cielo que yo adoro y en mis versos exalto,
Ese raso celeste tan profundo y tan alto,
Es el mismo que tiende su serena armonía
En los dulces octubres, sobre la tierra fría.
Y las claras estrellas, las estrellas que canto,
Las que alumbran mi vida como teas de encanto,
Son las que, por las noches, alegran el cielo
Como jazmines áureos, en un remoto vuelo.
Ese cielo, esos astros de indecible belleza,
Se ven desde mi pueblo: basta alzar la cabeza.

Rosa G. COSTA.



EL ARBOL SOLITARIO

Encima de la cumbre se levanta
desafiando la furia de los vientos;
Acalla en las fibras sus lamentos
y cuando el cierzo lo flagela, canta.

Y si el rayo su cólera agiganta
Atronando el azul con sus acentos,
evade, indiferente, los tormentos
Y al dolor que viene espanta.

Arbol fuerte que vives en la cumbre,
Del rayo desafiando la braveza,
En mi hondo meditar te aprecio.

Anhelo, como tú, bañarme en lumbre,
Como tú responder a la bajeza,
y al odio y al rencor, con el silencio.

L. CHAVARRIA.

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCIA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Rodríguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—«Poesías líricas». Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe político cristiano». Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARRA.—«Artículos políticos y sociales». Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—«Poesías». Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—«Pepita Giménez». Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe político cristiano». Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

«Floresta de leyendas heroicas españolas». Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—«Cartas eruditas». Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—«Diálogo de la lengua». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—«Diálogo de las cosas ocurridas en Roma». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETON DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

*Colección de «Clásicos castellanos»
(antiguos clásicos «La Lectura»)
a 375 francos el volumen*

CASTILLO SOLORZANO.—«La Garra de Sevilla y anzuelo de las bolas». Prólogo y notas de Federico Ruíz Morcuendo.

ESPINEL.—«Vida de Marcos de Obregón». Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—«Milagros de Nuestra Señora». Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—«Artículos de costumbres». Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—«República literaria». Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.—«Poesías» y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—«Claros varones de Castilla». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA.—«El Diablo Mudo». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL.—«Vida de Marcos Obregón». Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA.—«Artículos de crítica literaria y artística». Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—«Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos». Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—«El cántico espiritual». Prólogo y notas de Marías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.—«Obras satíricas y festivas». Prólogo y notas de J. Maria Salvaverria.

SALAS BARBADILLO.—«La peregrinación sabia» y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—«El infamador», «Los siete infantes de Lara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—«Generaciones y semblanzas». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkin, 200 francos.

«Ética», Kropotkin, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marie. París (X). C.C.P. París 3308-09.



El libro que deben leer todos los estudiosos